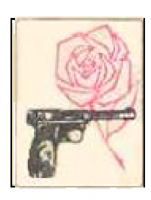




Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

El baúl de los diamantes

Un espía ruso envía una nota a la CIA citando a la agente Baby. Le quiere pedir ayuda para devolver a sus propietarios un baúl lleno de diamantes que está en poder de su novia y el padre de ésta, un joyero holandés. Y, a la vez, proteger al padre y a la hija de los espías que les persiguen y no quieren que devuelvan los diamantes.



Lou Carrigan

El baúl de los diamantes

Brigitte en acción - 216

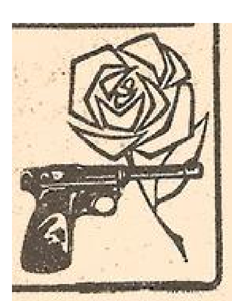
Archivo Secreto - 224

ePub r1.1
Titivillus 22.07.2017

Lou Carrigan, 1975
Diseño de cubierta: Benicio
Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

Bajo una fina llovizna helada que, de un momento a otro, podía convertirse en nieve, el agente de la MVD soviética Anatol Kuryakin miró una vez más su reloj de pulsera: las doce y media de la mañana.

—La cita era a las doce —se dijo—; no vendrá ya.

Volvió a meter las heladas manos en los bolsillos del viejo abrigo, y frunció el ceño. ¿Por qué se sorprendía, o se decepcionaba siquiera? La no comparecencia de la persona a la que había citado allí aquel día para las doce, era lógica. En pleno invierno, entre Navidad y Año Nuevo, y además, citada por un ruso. Seguramente se habría reído al recibir el mensaje.

—Eso suponiendo que sus superiores se hayan molestado en hacerlo llegar a su poder —recapacitó—. No creo que les haya parecido sensato a ellos arriesgarla en algo que parece estúpido, cuando menos. O quizá el mensaje no estaba claro.

Aterido de frío se volvió hacia la Casa de Rembrandt, uno de los lugares más visitados de Amsterdam, lógicamente. Algunas personas salían en aquel momento, y abrían sus paraguas. A él ni siquiera se le había ocurrido llevar paraguas, y estaba pagando las consecuencias. Desde luego, no pensaba permanecer allí mucho más tiempo. Era absurdo arriesgarse a pillar una pulmonía, esperando a una persona que debía estar a miles de kilómetros de distancia, sin acordarse de él tan siquiera, seguramente.

Insistió en pensar en el mensaje que había enviado a la CIA telegráficamente. Estaba seguro de haber utilizado correctamente la clave qué tiempo atrás habían descifrado él y algunos de sus camaradas rusos; una clave de la que se servían los de la CIA, que tardaron algunas semanas en darse cuenta de que todos sus mensajes no sólo estaban siendo interceptados, sino descifrados con toda comodidad…

Un matrimonio que había salido de la Casa de Rembrandt caminaba directamente hacia él, y Anatol Kuryakin entornó los ojos, estudiando atentamente a la mujer. El hombre no le interesaba, pues todo lo más podía ser uno de la CIA, uno de aquellos a los que ya, incluso en la MVD, conocían por el nombre de Simón, siempre que no podían asignarle una denominación más concreta. La mujer era alta, rubia, bastante bonita, de ojos claros… Caminaba tomada del brazo del hombre, y él decía algo que le hizo reír.

Ella también le miró, y pareció asombrada al ver allá a un tipo de buena estatura, cubierto con un viejo abrigo, sombrero marrón con dos plumitas negras, y provisto de una tupida barba roja y rizada que la lluvia estaba empapando. Menos mal, pensó Kuryakin, que la barba estaba bien adherida a su rostro, y que no sería el agua quien pudiese desprenderla.

La mujer y el hombre pasaron por su lado, alejándose, y el agente soviético quedó una vez más decepcionado, mirando ahora a la anciana que parecía tener dificultades para abrir su paraguas, delante de la Casa de Rembrandt, que sin duda había visitado. Una anciana muy elegante, con confortable abrigo, guantes, bien calzada… Tenía dificultades en abrir su paraguas porque al mismo tiempo sostenía un bastón con empuñadura blanca… De plata, seguramente. Al demonio, con la vieja.

Sí. Estaba seguro de haber utilizado bien aquella antigua clave americana, y que en la central de la CIA habrían descifrado perfectamente el telegrama, que habría quedado así:

> Día veintisiete mediodía Amsterdam delante Casa Rembrandt, Anatol Kuryakin de la MVD con sombrero marrón dos plumas negras barba roja postiza estará esperando agente Baby.
>
> «Kuryakin».

Por supuesto que sí que tenían que haberlo recibido y descifrado. Pero de eso a cometer la estupidez de enviar a Baby a Amsterdam porque la citaba un agente ruso había un abismo. Además, la propia Baby se negaría a acudir a una cita que tenía el novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve de

probabilidades, entre un millón, de ser una trampa.

O cuando menos, una gran incomodidad, porque…

—Perdón, señor —la anciana acababa de detenerse ante él y le hablaba en francés—: ¿podría decirme…?

—Lo siento —cortó Kuryakin—, no hablo francés, *madame*.

La anciana se quedó un instante como quien ve visiones, porque si bien era cierto que su interpelado no hablaba francés, no era menos cierto que ella lo ignoraba prácticamente todo del holandés… Tardó un poco en sonreír, insistiendo, ahora en español:

—Si pudiera indicarme…

Anatol Kuryakin aún entendía menos este idioma, así que movió negativamente la cabeza.

—No entiendo, no entiendo —insistió en holandés.

La anciana le miraba con simpática sonrisa de desconcierto, relucientes sus claros ojos tras los cristales de los lentes, redondos, antiguos.

—¿Y ruso? —preguntó en este idioma—. ¿Habla usted, ruso, señor?

Anatol Kuryakin sonrió como si acabasen de pisarle ambos pies con una apisonadora. Al mismo tiempo, un taxi aparecía, no supo de dónde, y se detenía junto a ambos. A pesar de la inclemencia del tiempo, la ventanilla estaba bajada y, sentado al volante, Anatol vio perfectamente al conductor: un tipo que llevaba barba roja, evidentemente postiza, como la suya propia… Y además, aquel tipo llevaba una pistola con silenciador, que aparecía entre su pecho y el volante, apuntando con reveladora firmeza a su cabeza…

—Suba, camarada Kuryakin —invitó amablemente la anciana—. Le estamos observando hace rato, y parece que todo está bien. Vamos, hombre, suba, o va a pillar una pulmonía espantosa.

—¿Baby? —susurró Kuryakin.

—No exactamente —sonrió la anciana—. Soy su abuelita, y acostumbro hacerme cargo de los recados para mi encantadora nieta.

Miró la manilla de la portezuela y Kuryakin comprendió. Abrió la portezuela, la anciana entró, se acomodó en el asiento de atrás y respingó cuando el agudo estilete que aparecía por el extremo del bastón quedó en contacto con su garganta, pasando entre la barba roja.

—Vámonos, Simón —dijo la anciana.

El coche reanudó la marcha, y Kuryakin tragó lentamente saliva…

—¿Lleva pistola, colega? —preguntó la anciana.

—Sí… Sí, claro…

—Sáquela con dos dedos y entréguemela.

Kuryakin obedeció. La anciana tomó el arma con la mano izquierda, empuñándola con tan hábil gesto que el agente ruso no podía llamarse a engaño respecto a la experiencia de la abuelita de la agente Baby en tales menesteres. La delgada hoja de acero desapareció dentro del bastón, y la anciana lo dejó a un lado del asiento, sobre un maletín forrado de raso negro. Pero mientras tanto, la pistola estaba orientada de tal forma que lo menos que podía ocurrirle al ruso, si iniciaba alguna maniobra inquietante, era recibir una bala en el hígado.

—¿Ningún arma más? —preguntó la anciana.

—No.

—Bien.

—Escuche, a quien yo quiero…

—Sssst —exigió la anciana, llevándose un dedito encantador a los labios.

Miró hacia atrás. Una mirada larga, detenida, vigilante. Una mirada que a Anatol Kuryakin le pareció capaz hasta de ver a los pasajeros que hubiesen dentro de otros coches. Mientras tanto, el coche estaba tomando las más disparatadas direcciones, girando a la derecha, a la izquierda, volviendo hacia atrás, dando vueltas por una plaza, regresando a ella después de haberse alejado… El conductor llamado Simón también miraba hacia atrás por el retrovisor, al principio con inquietud y desconfianza, pero cada vez visiblemente más tranquilo.

—De todos modos —dijo como si estuviese siguiendo una conversación—; no creo que deba fiarse de este ruso.

—Vaya al punto divergente —dijo la anciana.

—Yo creo…

—Ya me ha oído, Simón.

Kuryakin apretó los labios, dispuesto a permanecer en silencio hasta que la anciana le autorizase a hablar.

Poco después rodaban por Nieuwe Hemweg, y no tardaron en

pasar por encima del Canal del Mar del Norte. La ciudad fue quedando atrás, y finalmente, el llamado Simón detuvo el coche a un lado de la carretera, y se volvió.

—Punto divergente —refunfuñó.

—Pues adiós, Simón —sonrió la anciana.

—Sería mejor que yo…

—Hicimos un trato. Sólo necesitaba a uno de ustedes para este pequeño servicio. Luego, el elegido regresaría a su punto de residencia. Adiós.

—Bueno, al menos nos avisará cuando esté de regreso a casa, ¿no?

—Prometido.

Simón todavía vaciló visiblemente un par de segundos. Por fin sonrió, tiró un beso a la anciana y salió del coche.

Anatol Kuryakin le estuvo observando mientras se alejaba de espaldas. Le vio quitarse la barba postiza y tirarla a un lado de la carretera. Poco después, Simón había desaparecido entre la fría lluvia. Cuando el ruso volvió a mirar a la anciana, ésta le tendía la manó derecha, con la palma hacia arriba, mostrando una gasa, una especie de espesa compresa, y encima una pequeña bolita de cristal.

—Tome la cápsula, reviéntela con dos dedos, y quédese quieto —dijo ella.

—¿Qué hay en…?

—O se hacen las cosas como yo digo, o nuestra entrevista va a terminar aquí, ahora, mismo… y no muy agradablemente para usted.

Kuryakin tomó la cápsula de gas narcótico y la anciana se llevó inmediatamente la compresa al rostro, tapando con ella la, boca y la nariz. Dos dedos del ruso quebraron el cristal… y un segundo después caía como fulminado hacia adelante, deslizándose entre el asiento trasero y el del conductor, en inverosímil postura.

* * *

Cuando abrió los ojos, la anciana seguía a su lado, pistola en mano, mirándole fijamente:

—De acuerdo —dijo—, parece que no hay trampa alguna. ¿Qué quiere usted de Baby?

Anatol Kuryakin parpadeó y se pasó la lengua por los labios. Tenía mal sabor de boca… Afuera, por fin, estaba nevando, pero no lo suficiente para que dejase de darse cuenta que no estaban en el mismo sitio donde se había quedado dormido bajo los efectos del gas. No tenía ni idea de dónde estaban ahora.

—Ayuda —murmuró por fin Anatol.

—¿Ayuda? ¿Pretende usted que la agente Baby ayude a un agente de la MVD?

—Sí. Sé que ella aceptará, en cuanto sepa de qué se trata.

—Es posible. ¿De qué se trata?

—Conseguir que un baúl lleno de diamantes llegue a un país llamado Kezania, en África oriental.

—Un baúl lleno de… ¿ha dicho diamantes?

—Sí; diamantes, De todos los tamaños y calidades. Todo un baúl lleno.

—Colega, ¿de verdad no está tratando de tomarme el pelo?

—No.

—Mientras usted dormía he llevado el coche a otro sitio, le he registrado a conciencia, y parece que no hay trampa: ni me han seguido ni usted lleva encima radio de bolsillo o emisor de señales… Nada. Está usted limpio, de modo que me inclino a confiar un poco en sus intenciones, pero… ¿un baúl lleno de diamantes, nada menos?

—Nada menos.

—Bien… Kezania está muy lejos, ¿no le parece?

—Mucho —sonrió Kuryakin—. Miles de kilómetros. Exactamente entre los meridianos diez y quince, latitud Sur, desde luego, y delante mismo de la punta norte de Madagascar… Pero usted ya sabe esto, ¿no?

—Sí. Lo que no sabía es que Kezania tuviese nada que ver con diamantes. No comprendo… ¿Para qué pueden querer en Kezania un baúl lleno de diamantes?

—Son de ellos; fueron extraídos hace mucho tiempo de un yacimiento que se ha conseguido mantener secreto. También secretamente, los diamantes fueron enviados a Amsterdam, para ser tallados. No hace mucho, la empresa encargada de ello terminó el trabajo y pasó aviso a Kezania. El presidente Tamogo envió a París al vicepresidente, Ongo Namaro, para que desde allí se encargase de

las gestiones del traslado de los diamantes, ya tallados, a Kezania. El traslado, que también en esta ocasión debe ser secreto, se organizó utilizando un yate, que está anclado cerca de Amsterdam. Un coche debía llevar el baúl lleno de diamantes al yate…

—¿Como si fuese un simple equipaje?

—Exactamente. Una vez cargados en el yate, de matrícula sudafricana, ya no habría problemas. Pero…

—¿Pero…?

—Nosotros, los rusos, queríamos impedir que esos diamantes llegasen a Kezania.

—¿Por qué?

—Porque Kezania es un país en vías de desarrollo más o menos aceptable, y preferimos que no tenga riquezas propias, a fin de que se vean obligados a aceptar la ayuda económica rusa. Cuando más pobre sea Kezania, más conveniente será para Rusia. No creo que eso le sorprenda demasiado, ¿verdad?

—No —musitó la anciana—. Es el viejo procedimiento de siempre: los ricos impiden que los pobres puedan llegar a ser ricos alguna vez, a fin de tenerlos bien controlados con sus riquezas, para utilizarlos en su provecho de mil maneras. Es una esclavitud muy bien organizada… y que los poderosos aseguran que es buena. Pero no dicen que es buena para ellos. Vamos a ver: me ha dicho usted que los rusos querían impedir que esos diamantes llegasen a Kezania… Pero usted me ha dicho también que solicita mi ayuda para que ese baúl llegue a Kezania, ¿no es así?

—Sí.

—Entonces… usted está ahora luchando contra los rusos, según parece.

—Sí.

—O sea —la anciana le miró, entornando los ojos—, que está usted traicionando a la MVD…

—Sí.

—¿Por qué?

—No sé… Parte por justicia, parte por amor… Algo así.

—Amor y justicia —murmuró la anciana—. Son las dos palabras más hermosas en cualquier idioma. Pero me gustaría que usted me explicase cómo las interpreta personalmente.

—Pues… a mí me parece que es justo que los diamantes lleguen

a Kezania, puesto que son de este Gobierno.

—Estoy de acuerdo con su versión de la palabra «justicia». ¿Qué me dice de la palabra «amor»?

—Bien… Me parece —Kuryakin sonrió irónicamente— que esto ya no le va a ser tan fácil de creer: estoy ayudando a Kezania por amor.

—¿Amor a Kezania? —se pasmó la anciana.

—No… No, no. Amor a una mujer.

—Oh… ¿Se ha enamorado de una chica de Kezania? Me parece muy bonito y romántico… ¿Es de raza negra?

—No. Es blanca… Se llama Hilda Haarst. Su padre se llama Helmutt Haarst, y es… ha sido el director de toda la talla de diamantes procedentes de Kezania. El padre es holandés de origen, desde luego, pero nació en Kezania y se crió allí… Estuvo hasta los veinte años en su patria. Luego se vino a Holanda y muy poco después se inició en la talla de diamantes. Hoy es un auténtico experto… Por eso, cuando el presidente Tamogo, de Kezania, se decidió a enviar los diamantes para su talla, eligió la compañía en que; Helmutt Haarst ocupa un alto cargó.

—Me parece muy razonable, hasta ahora. Pero ¿qué tiene que ver su hija, y el amor, en todo esto?

—La MVD recibió hace tiempo algunos informe sobre este asunto, y puso a varios hombres a trabajar en él. Esos hombres se enteraron de todo, naturalmente…

—Naturalmente —sonrió la anciana—, para eso es un espía.

—Sí… Bien, el informe llegó a Moscú, y allá el caso se puso en estudio. La conclusión ya se la he dicho: evitar que esos diamantes, una vez tallados, pudiesen llegar a Kezania, ya que nos interesa que siga siendo pobre, para ofrecerle… nuestra ayuda.

—Entiendo eso. ¿Y el amor?

—Pues… Convenía estar bien enterados de lo que iba avanzando el trabajo de talla de los diamantes, pero había que hacer las cosas muy discretamente. Como quiera que Helmutt Haarst tiene una hija joven y bonita, la MVD decidió sacar partido de ello… ¿Le parezco un hombre atractivo?

La anciana le miró ahora duramente.

—Sin barba, más bien sí. ¿Le enviaron a usted para tomar contacto con Hilda Haarst?

—Sí. De eso hace más de dos meses. Yo tenía que saber cuándo, por dónde y cómo partirían esos diamantes hacia Kezania. Y no hace mucho, lo supe: todo eso del coche, el yate… Pasé la información a mi Directorio, como es lógico…

—¿Y luego se arrepintió?

—Sí —bajó la mirada Kuryakin—. Así fue. Pero ya era tarde… El Directorio lo había preparado todo para atacar el coche que transportaría el baúl hasta el yate. En ese yate irían los Haarst, de regreso a Kezania… Helmutt Haarst es un buen hombre, muy amable, dulce… Nosotros, los espías, le definiríamos como… un hombrecillo bondadoso e insignificante…

—¿Como un tonto?

—Sí… Sí. Él tenía, hacía tiempo, deseos de volver a Kezania, donde había pasado los primeros veinte años de su vida. Y le pareció que éste era un momento óptimo: el presidente Tamogo le había ofrecido convertirle allá en ministro de Economía, siempre y cuando fuese capaz de montar en Kezania una industria de talla de diamantes, con el fin de, en lo sucesivo, no tener que recurrir al extranjero para esa operación con los diamantes que se fuesen extrayendo en los yacimientos. Helmutt Haarst aceptó, después de consultarlo con su hija…

—¿Ella se lo dijo a usted?

—Sí. Me preguntó si querría irme con ella…, con ellos, a Kezania. Yo le dije que por el momento no podía, pero que más adelante nos reuniríamos allí. Ella acepto…

—¿Le ama?

—Ella a mí, sí.

—¿Y usted a ella?

Anatol Kuryakin vaciló, movió la cabeza…

—Hasta hace muy poco, yo estaba convencido de que no la amaba, de que sencillamente estaba haciendo mi trabajo para la MVD, como otros muchos. Así que iba informando de todo a mi Directorio. Por último, informé de la fecha en que el baúl saldría hacia el yate, lo del coche… Todo. Me dijeron que en pocos días elaborarían un plan para impedirlo… Y así lo hicieron: unos cuantos hombres de la MVD tenían que atacar el coche, apoderarse de él, y poner esos diamantes rumbo a Moscú… Yo tenía que ir entre esos hombres.

—Y eso no le gustó.

—No… Pero es que además… Bueno… Mire, creo que ya le he dicho bastante. La cosa es bien simple para Baby: impedir que un país pobre sea despojado, y que caiga dentro de la influencia comunista. Sé que ésta es una de las cosas que ella siempre trata de impedir, cueste lo que cueste: no le gusta el comunismo.

—Lo que no le gusta a Baby es el abuso de los fuertes sobre los débiles, Anatol. El comunismo, el imperialismo, o lo que usted quiera, le tiene sin cuidado siempre que, de verdad, se respeten los derechos del pueblo. Y despojar a un pueblo no es respetar sus derechos, me parece a mí. ¿Qué opina usted?

—No… No, claro.

—Bien. ¿Todavía no ha salido el baúl de…?

—Sí, sí. Ya salió, en coche, hacia el yate… Sólo que no llegó al yate.

—Ya. Lo tienen los rusos, sus camaradas.

—No… Lo tengo yo. Lo tenemos los Haarst y yo. Les… les advertí de lo que se había planeado, y entonces el coche fue por otro camino…

—¿Quiénes viajaban en el coche?

—Solamente los Haarst, que se iban a Kezania en el yate de unos amigos, con su equipaje: el baúl y todo lo demás.

—Era muy normal todo, entonces.

—Sí. Sí.

—Hay algo que no le gusta de modo especial, ¿verdad, Kuryakin?

—No… No, no.

—Algo que antes no ha querido decirme, cuando hablábamos de que a usted no le gustó que le enviasen con el grupo que debía atacar el coche en el que los Haarst, además de su equipaje auténtico y normal, llevaban un baúl de más, lleno de diamantes… ¿Qué es lo que no le gustó, además de tener que atacar a los Haarst?

—Nada… Nada.

—Tenían que matar a los Haarst, ¿no es eso?

—No… No, no, no…

—¿No?

—No, no… Bueno, yo-yo sólo sé que… que cuando me imaginé

a Hilda… Sí… ¡Sí, eso teníamos que hacer! ¡Y no pude soportar la idea de ver muerta a Hilda! Una… una cosa era engañarla, besarla, todo eso, ya sabe… Pero matarla… No pude aceptar eso, creo… creo que fue entonces cuando comprendí que sí amaba realmente a Hilda. Aun así, quizá habría seguido con el engaño. Y les habría dejado marchar a los dos, pero… el caso era que tenían que morir, y… y… no pude… ¡No pude permitirlo!

La anciana tenía su mirada fija en el agente ruso.

—¿Saben sus compañeros que usted les ha traicionado, o creen que el coche escapó por pura suerte, y no tienen ahora ni idea de lo que ha podido pasar?

—Lo saben. Tenían qué comprender que sólo yo podía haber avisado a los Haarst, así que no me importó que lo supiesen con toda seguridad, al no presentarme en el lugar donde tenía que producirse el asalto. Supongo que me están, buscando, muy furiosos… Y a los Haarst también, claro. No sabía qué hacer, todas las salidas están vigiladas, han venido muchos más camaradas… Me siento acorralado, sé de lo que son capaces… y acabarán por encontrarnos. Por eso envié el mensaje a la central de la CIA.

—Según eso —sonrió la anciana—, usted espera de Baby nada más y nada menos que saque de Amsterdam a usted, a los Haarst y a un baúl lleno de diamantes, y que los deje en Kezania, o rumbo a ese país, ya con seguridad.

—Ella ha conseguido cientos de veces burlarnos a los rusos… ¿Por qué no esta vez? Y desde luego, si no podemos contar con Baby, mis esperanzas de salir de Amsterdam con ese baúl son nulas. Mis camaradas saben cómo es el coche, conocen su matrícula…

—Consigan otro.

—Pero está el problema del traslado del baúl. Pesa mucho, y no es una maniobra fácil colocarlo de un coche a otro.

—Mmm… ¿Por qué no sacan los diamantes de Amsterdam en pequeños paquetes?

—Ya pensé en ello, pero es muy arriesgado, desde diversos puntos de vista. Si los Haarst y yo nos dedicamos a entrar y salir de Amsterdam varias veces, nos verán. Si recurrimos a otras personas para que nos ayuden, quizá nos robasen, o, peor aún, nos matasen para quedarse con todo… Yo no soy ningún cobarde, se lo aseguro. No me asusto fácilmente, pero…

—Comprendo muy bien que tener en contra a toda la MVD no es precisamente para celebrarlo —sonrió la anciana—. Sin embargo, debe haber algún medio de escapar hacia el yate…

—¿Hacia el yate? Ya se ha marchado… Y hasta que se marchó estuvo vigilado… Y supongo que debe continuar vigilado por mis camaradas, esté donde esté.

—Zambomba —volvió a sonreír la anciana—. Para ser usted un ruso, creo que espera demasiado de Baby, Anatol. ¿Por qué demonios tendría que complicarse ella la vida, metiéndose de lleno en una ciudad que es un… avispero? Y entrar quizá fuese difícil, pero salir… ¡Y con un baúl!

—Estoy seguro de que si usted le dice todo esto a Baby, ella aceptará.

—Vamos, vamos, Anatol, usted sabe perfectamente que yo soy Baby, ya no disimulemos más.

—Como usted decía que era su abuelita…

Se miraron sonrientes, hasta que la anciana movió la cabeza con gesto preocupado.

—La verdad, Anatol, a mí todo esto me suena a cuento ruso, pero… quizá haya algo de verdad en su historia. ¿Por qué no?

—¿Cree que estoy loco? —la miró sobresaltado Kuryakin—. ¡No me atrevería a hacerle esta clase de jugada a la agente Baby ni por todos los diamantes del mundo!

—Y hablando de diamantes —susurró la anciana—: ¿dónde está ese fabuloso baúl?

Capítulo II

Conducido por Anatol Kuryakin, el coche se detuvo finalmente delante de un viejo edificio de tres pisos, en la Rijksweg, muy cerca del río Amstel. En el asiento de atrás iba la anciana, por supuesto muy atenta, desconfiando todavía del ruso.

—¿Es aquí? —musitó.

—Sí. Los Haarst están en la planta baja, en la puerta derecha.

—¿Qué hay aquí?

—Una especie de almacén, con una pequeña vivienda. Hace tiempo, unos holandeses tenían allí un pequeño taller para la talla de diamantes. Luego se fusionaron con la compañía en la que trabaja Haarst, y desde entonces ha estado cerrado. Haarst sabía esto, y me sugirió que, por el momento, podíamos escondernos ahí.

La anciana asintió con la cabeza, examinando todo el edificio, siempre con desconfianza. En toda su vida de espía le habían; tendido tantas trampas que una más no la iba a sorprender… Cierto que siempre había escapado de todas las trampas, pero siempre hay una última trampa: la que funciona bien, la que impide que la presa… pueda escapar.

¿No era una gran estupidez meterse en aquello? Si era todo un cuento ruso, podían matarla, en la trampa. Si todo lo que le había contado Kuryakin era cierto, se iba a meter en un buen lío, de todos modos. Y todo ello… ¿por qué? ¿Porque se lo pedía un espía soviético?

—Debo estar loca… —reflexionó Baby—. Ya hace tiempo que no confío ni en mi sombra, así que lo mejor que podría hacer es marcharme de aquí inmediatamente.

Sin duda, esto era lo más sensato, pero… ¿Y si todo era cierto, y podía ayudar a un país a permanecer libre de las imposiciones de la poderosa Rusia? Lo mismo habría pensado si se hubiese tratado de Estados Unidos, desde luego.

Sí… ¿Y si todo era cierto? Frunció el ceño, pensando en Kezania. Muy bien, era un pobre país africano, con población negra en su noventa por ciento. Habían encontrado diamantes, podían aspirar a un futuro razonablemente próspero e independiente. Si más adelante ellos querían someter esa independencia a otro país más poderoso, era cuenta suya. Pero mientras tanto, Kezania tenía derecho a intentarlo todo por su propia cuenta…

—¿Qué le pasa? —Kuryakin se había vuelto hacia ella y sonreía—. No confía en mí, ¿verdad?

—No.

—Lo comprendo. A decir verdad, yo tampoco estoy muy seguro de que la fama de usted sea cierta.

—¿Qué fama?

—La que indica que usted siempre está a favor de quien tiene la razón, caiga quien caiga, pase lo que pase. Seguramente los dos estamos un poco locos —amplió su sonrisa—, pero sólo he oído hablar de una persona capaz de burlar cualquier dispositivo de la MVD, y esa persona es usted. Por lo tanto, aunque un poco a regañadientes, tengo que confiar en usted, Baby.

—Esto sí que es gracioso —sonrió la anciana—. ¿De modo que usted tampoco tiene confianza en mí?

Anatol Kuryakin encogió los hombros.

—Cuando usted haga un cálculo de lo que puede valer ese baúl lleno de diamantes, comprenderá que lo normal es no confiar en ninguna persona: la codicia puede estropear los sentimientos más puros del mundo.

—¿Incluso el amor? —le miró ella atentamente.

—Me temo que sí.

La anciana volvió a mirar hacia la casa, concretamente hacia la puerta derecha, tan grande que podían entrar incluso camiones por ella. Una puerta, además, sólida, de madera oscurecida y agrietada…

—¿Por dónde se entra ahí? Quiero decir a pie, porque no creo que cada vez que una persona tenga que entrar, haya que mover toda esa enorme puerta.

—Hay que entrar en el portal de la casa, y a la derecha hay una puerta normal.

—¿Tienen usted y los Haarst alguna señal convenida para que

ellos sepan que quien llama es usted?

—Sí, claro. Tres golpes seguidos, uno espaciado, y dos más, seguidos también.

—¿Hay alguien más con ellos?

—No.

—¿Y el coche está ahí?

—Desde luego. Y en el portaequipajes del coche está el baúl lleno de diamantes.

—Está bien. Aléjese un centenar de metros.

—Sería mejor que entrásemos con el taxi. Hay sitio más que suficiente para dos coches.

—Yo le diré cómo entraremos ahí.

—De acuerdo.

Kuryakin puso en marcha el coche, se alejó, dobló por la esquina y se detuvo cuando el puño de plata del bastón de la anciana tocó su hombro derecho.

—Está bien —la oyó—: pare aquí, Anatol. Y venga allá cuando despierte, con el taxi.

El ruso detuvo el coche, y todavía estaba desconcertado por las últimas palabras de Baby, cuando ésta le golpeó en la nuca con el puño del bastón. Un golpe seco, suave, pero de una precisión tal que el agente de la MVD perdió el conocimiento de modo fulminante y quedó caído de bruces sobre el volante.

Baby lo asió por el cuello del abrigo y lo atrajo, de modo que quedó sentado en postura más normal, con la cabeza caída sobre el pecho. Se apeó, con el maletín forrado de raso negro en una mano, el bastón bajo el brazo y el paraguas en la otra mano. Lo abrió, protegiéndose de la suave nevada que proseguía, y emprendió el regreso hacia la casa.

Un minuto después entraba en el portal, directa hacia la puerta de la derecha, a la que llamó después de cerrar el paraguas. No llamó de una manera convenida, sino simplemente pulsando el timbre. Luego, tras colocar también el paraguas bajo el brazo izquierdo, metió la mano derecha en el bolsillo del abrigo, empuñando la pistola de Kuryakin.

A los pocos segundos oyó al otro lado de la puerta una voz masculina, haciendo una pregunta en holandés, que por supuesto no entendió.

Pero contestó, en francés:

—Servicio especial de París.

Sabía que la estaban contemplando por la mirilla, pero no lo demostró. Permaneció impasible, con su dulce gesto de anciana inofensiva. Con sus palabras tenía que haber desconcertado a quienquiera que hubiese allí dentro. Y al presentarse sola, no revelaba su personalidad de Baby, de tal modo que aunque hubiese allá dentro una docena de rusos en lugar de los Haarst, no la recibirían a balazos, sino intrigados, sin relacionarla con la espía americana más famosa de todos los tiempos.

Y en efecto, tras unos segundos de espera, la puerta se abrió y un hombre de unos cincuenta años, de cabellos grises, con lentes, la miró entre desconcertado y esperanzado. Tenía la mano derecha metida en el bolsillo de aquel lado, como ella misma, y Baby comprendió.

—¿Usted viene de París? —preguntó el hombre, en francés.

—¿Señor Haarst? —preguntó ella, a su vez.

—Sí… Sí, sí.

—Vengo directamente de París, enviada por el vicepresidente Namaro para…

Helmutt Haarst estaba lanzando una exclamación de incredulidad, de alarma, y su mano derecha se movió dentro del bolsillo… No tuvo tiempo de nada. La anciana alzó su pierna derecha de un modo increíble, inverosímil, y la planta del pie fue a dar en el pecho de Haarst con tal contundencia que le derribó de espaldas completamente plano, con los pies hacia arriba.

Fue un golpe demasiado violento para Helmutt; no sólo el golpe de Tae Kwon Do, sino, especialmente, la caída, que le dejó conmocionado, casi desvanecido. Entretanto, Baby había entrado rápidamente, cerrando la puerta con un golpe del codo izquierdo, y en seguida vio, hacia este lado, junto a la puerta, a la muchacha que le apuntaba ya con una pistola…

La verdad es que la espía más peligrosa del mundo no se anduvo con muchas contemplaciones: se inclinó hacia adelante, desapareciendo de modo sorprendente de la línea de tiro, giró entonces colocándose de espaldas a la muchacha sobre la pierna izquierda, y la derecha salió de nuevo disparada, ahora horizontalmente, hacia el vientre de su antagonista, la cual recibió

el golpe de lleno, gimió fuertemente, palideció y cayó de bruces, sin haber tenido tiempo de sobreponerse a la sorpresa ni, mucho menos, de apretar el gatillo.

La formidable anciana dejó sus cosas en el suelo, cogió de éste la pistola de la muchacha y luego se acercó a Haarst, que comenzaba a moverse…

Le quitó la pistola del bolsillo, la guardó con la de la muchacha, que se agitaba gimiendo, y echó un vistazo alrededor.

Estaba en lo qué podía definirse como recibidor-salón-comedor. No demasiado grande, parecía en cambio confortable, aunque un tanto descuidado y desordenado todo. Había un pequeño sofá, dos sillones, una mesa en el centro, rodeada de cuatro sillas, una librería atestada de libros, revistas y discos, algunos cuadros más bien pornográficos en las paredes… A la izquierda había dos puertas, y una de ellas, entreabierta, permitía ver la cocina. La otra quizá fuese el cuarto de baño. Enfrente, otra puerta, que podía ser el dormitorio. Y a la derecha, otra puerta más, que debía dar directamente al almacén donde se suponía que había un coche cargado con un baúl lleno de diamantes.

Desentendiéndose al parecer de los Haarst, fue a echar un vistazo a la cocina, al cuarto de baño, al dormitorio… A la derecha de éste había otra puerta, que abrió cautelosamente. Se encontró en un despacho que tenía toda la fachada de cristal, de modo que desde allí pudo ver perfectamente todo el almacén, y, en un lado de éste, el coche marca «Mercedes», negro, grande, elegante.

No vio nada más.

Regresó al recibidor-salón-comedor, lo cruzó ante la aterrada mirada de los Haarst y abrió la puerta que daba directamente al almacén. Lo mismo: el almacén, el coche «Mercedes» a un lado…, y eso era todo.

La anciana miró a los Haarst, sonriendo amablemente.

—Lo siento —dijo—, pero todavía no podía confiar plenamente en Anatol.

—¿Cómo sabe usted…? —respingó Helmutt Haarst—. Él vendrá pronto. Será mejor que nos preparemos a abrirle la puerta del almacén, para que entre con el taxi… ¿Su hija no habla francés, señor Haarst?

—Sí… Habla francés e inglés, además de holandés.

—Entonces, nos iremos entendiendo todos a la perfección. ¿Usted también habla inglés?

—Bastante bien.

—Magnífico. Oh, bueno, supongo que ya han comprendido que soy la agente Baby, de la CIA.

Helmutt e Hilda Haarst se quedaron con la boca abierta, en gesto de gran estupefacción. La anciana señaló la puerta riendo.

—Salgamos al almacén. Anatol no tardará en venir. Por favor, ustedes primero.

—Usted no puede ser esa espía americana —dijo Hilda, que aún estaba pálida debido al golpe en el vientre—. Anatol dijo que tenía que ser joven, y que…

—¿Cree usted que, si no fuese joven, podría haberles desarmado a ustedes en tres segundos, señorita Haarst? ¿De verdad cree que lo que he hecho ya es propio de una anciana de la edad que represento?

—¿Está disfrazada? —se pasmó la muchacha.

—Evidentemente. Salgamos.

Volvió a señalar la puerta, y miró con atención a Hilda Haarst, cuando pasó ante ella… Era una rubia muy bonita, de grandes ojos claros, boca un poco grande, sensual. Debía tener poco más de veinte años; quizá veintidós o veintitrés. Se la imaginó formando pareja con el agente soviético Kuryakin, y asintió para sí misma. Sí, Hilda Haarst podía ser la clase de muchacha, un tanto tímida pero apasionada, que pudiese ser del agrado de un espía harto de tropezar siempre con gente de cuidado.

Salió del almacén detrás de los Haarst, y señaló la gran puerta que tenían delante.

—¿Tiene Anatol alguna señal especial para que le abran esa puerta?

—No… No.

—Entonces, pronto oirán el claxon sonando del mismo modo que él llama a la puerta de la vivienda. No abran hasta entonces… ¿Se puede abrir el portamaletas? —señaló ahora hacia el «Mercedes».

—Yo tengo las llaves —dijo Haarst.

La anciana asintió, y tendió su mano izquierda. Helmutt no necesitó grandes explicaciones: sacó las llaves, y las depositó en

aquella mano elegante; fina y de aspecto delicado…

—¿El baúl tiene también llave? —preguntó, la anciana.

—Es la más pequeña de las que le he entregado.

—Bien. Señorita Haarst —miró a Hilda—, ¿quiere abrir el maletero y el baúl, por favor?

La miraba con muchísima atención mientras hacía esta pregunta, pero Hilda Haarst no pareció asustarse en absoluto ante la perspectiva, así que seguramente no había ninguna bomba o algo parecido en el baúl ni en el maletero. La muchacha se limitó a mirar a su padre, que encogió los hombros. Su postura era bien clara: ¿qué podían hacer, sino obedecer a la anciana?

Así que Hilda Haarst alzó el portamaletas, y luego manipuló con la llave en la cerradura, del baúl, siempre bajo la atenta mirada de Baby. Se oyó el ligerísimo chasquido, e Hilda se irguió.

—Ya está abierto —murmuró.

—Gracias. ¿Quiere alzar la tapa, ahora?

Hilda no vaciló ni un instante. Alzó la tapa del baúl, y en el acto el interior de éste pareció convertirse en un lecho de chispas, de rayos de luz, de destellos fulgurantes… En el almacén había solamente dos simples bombillas, pero su luz fue suficiente para reflejarse miles de veces repetidas en los diamantes.

El baúl debía tener una profundidad de cincuenta centímetros, casi lo mismo de ancho, y ochenta o noventa de largo. Si todo estaba lleno de diamantes, el cálculo respecto a su valor se hacía no sólo complicado, sino pasmoso. ¿Diez millones de dólares? ¿Veinte, treinta, cuarenta…?

La anciana hundió las manos en las piedras brillantes y las removió, provocando una orgía de luces en todas direcciones, removiendo los diamantes de todos los tamaños, desde el que era poco más grande que un grano de arroz, hasta los que tenían el de una nuez.

—Son hermosos, ¿verdad? —murmuró Hilda Haarst.

Baby le dirigió una amable mirada.

—Oh, sí… —aceptó—. Muy hermosos. ¿Dónde está el resto del equipaje de ustedes?

—Lo sacamos del coche, porque hemos necesitado algunas cosas desde que tuvimos que escondernos aquí. Pero el baúl es tan pesado…

—Sí, lo sé. Bueno —sonrió—, lo llevaremos a París, naturalmente…

—¿Espera usted conseguir eso? —exclamó Helmutt.

—Por supuesto.

—¿Y qué piensa cobrarnos por su ayuda? —intervino Hilda.

—No se preocupe por eso —le dirigió una centelleante mirada la anciana—: mis facturas son siempre adecuadas. Le aseguro que nadie ha podido protestar por ellas… ¿Tienen ustedes sus pasaportes en orden?

—Sí, claro.

—Supongo que son individuales.

—Desde luego. ¿Por qué?

—Porque eso será muy conveniente en el caso de que tengamos que ir separándonos unos de otros —la anciana sonrió como divertida—. Con Anatol me ahorraré esta pregunta, porque tengo la seguridad de que él tendrá, en todo momento, el pasaporte que necesite.

—Si vamos a cruzar Bélgica, no creo que los pasaportes sean muy necesarios, de todos modos —dijo Helmutt Haarst.

—¿Y quién le dice que vamos a cruzar Bélgica? ¿Eso es lo que haría usted, señor Helmutt?

—Pues… es lo más lógico, ¿no?

—No dudo que los rusos pensarán lo mismo que usted.

Helmutt abrió la boca. Luego la cerró y se mordió los labios.

—¿Qué quiere decir exactamente? —continuó la conversación Hilda.

—Supongo que Anatol será más calculador que ustedes —refunfuñó Baby—: he querido decir que precisamente en Bélgica será donde habrá más rusos esperando el paso de este coche. Por lo tanto, lo razonable en este caso…

Afuera se oyó el sonido de un claxon, y todos prestaron atención. En efecto, era la señal convenida con Kuryakin para la puerta de la casa, y Helmutt Haarst se dispuso a abrir la del garaje. Poco después, el taxi se detenía en el centro del almacén, mientras la puerta volvía a bajar lentamente, girando sobre su centro. El ruso salió del coche, frunció el ceño y dirigió una hosca mirada a la anciana.

—Está bien… —gruñó—. ¿Se ha convencido?

—Salvo el pequeño, margen de error que siempre me reservo, sí, Anatol, estoy convencida.

—Estupendo. Bien, aunque no es tiempo lo que nos sobra, pues cuanto más pase más irán cerrando el cerco mis camaradas de la MVD, supongo que usted necesitará un día o dos para reflexionar sobre algunos sistemas que nos permitan sacar de Holanda este baúl. Mientras tanto…

—No será necesario perder tanto tiempo, Anatol. Ya he reflexionado.

—¿Sobre qué? —alzó las cejas el ruso.

—Sobre el sistema para sacar este baúl de Amsterdam. Y de Holanda, claro. Lo haremos esta misma noche.

Durante unos segundos, el espía soviético y los Haarst estuvieron contemplando, boquiabiertos, a la anciana. Por fin, Helmutt Haarst comenzó a mascullar:

—Es una broma que no tiene…

—Calle, Helmutt —cortó Kuryakin—. Déjela hablar.

—¡Pero es imposible que…!

—Escuchémosla —sonrió el ruso, como de mala gana—. Y no tengo la menor duda de que, después de eso, me consideraré el idiota más idiota del mundo. El sistema tiene que ser tan sencillo, que se me debió ocurrir a mí en algún momento… ¿No es así, Baby?

—No sé —sonrió también la espía internacional—. Cada uno tiene sus trucos, Anatol.

—De acuerdo, de acuerdo… ¡Por todas las Rusias, estoy loco por conocer uno de sus sistemas, Baby! ¿Y bien?

—Como usted ha dicho, es muy sencillo: ustedes se irán con el taxi, y me dejarán aquí con el «Mercedes» y los diamantes. De lo demás, me encargaré yo sola.

Capítulo III

De nuevo durante unos segundos, los Haarst y Kuryakin permanecieron como alucinados, incapaces de reaccionar.

—¿Está loca? —exclamó, por fin, Helmutt Haarst—. ¡Desde luego que no vamos a dejarla aquí con los diamantes! ¡Si hiciéramos eso, los, locos seríamos nosotros!

La anciana encogió los hombros.

—Como gusten. Iré a recoger mi maletín…

—Espere, espere —murmuró Kuryakin—. ¿Qué es exactamente lo que se propone hacer, Baby?

—Llevar los diamantes a París, donde ustedes me estarán esperando, sanos y salvos, preparando el viaje a Kezania.

—¡Usted sola no podrá conseguir eso, de ninguna manera! —gritó Haarst—. Además, no pienso dejar los diamantes en su…

—Cállese de una vez —se irritó Kuryakin—. ¡Estamos hablando dos espías, Helmutt, y no necesitamos sus opiniones!

—¡Es imposible qué ella consiga…!

—¡Que se calle, maldita sea!

—No me gustan los gritos —dijo. Baby—, por lo general, indican que la inteligencia se está nublando, ofuscando. Discutan lo que quieran, pero con buenos modales. Y sólo les diré una cosa más: se hacen las cosas como yo quiero, o no cuenten conmigo.

—Díganos, al menos, cómo quiere hacerlo —musitó Kuryakin.

Baby se metió en el taxi, abrió la guantera, y sacó de allí un mapa de Europa, con la indicación de las carreteras principales. Salió, lo desdobló, y lo coloco sobre el capó. Su dedo índice se posó en la nomenclatura de Amsterdam.

—Desde aquí, y después de pintar el coche…

—¿Pintar el coche? —exclamó Haarst—. ¿Cómo vamos a llevar a pintar el coche, en unos momentos en que docenas de rusos…?

—Lo pintaremos nosotros, señor Haarst. Pero no su coche, sino

el taxi, cuya matrícula no tiene importancia para los rusos. Su hija saldrá dentro de unos minutos a comprar un *spray* de pintura, y mientras tanto, nosotros prepararemos el coche para ser pintado en pocos minutos. Son las… tres y cuarto. A las seis o poco más, ya podrá ser utilizado.

—¿Y usted se quedará aquí con el «Mercedes» y los diamantes?

—Eso es lo que he dicho, sí.

—¿Qué más? —se adelantó Kuryakin a cualquier comentario por parte de Helmutt Haarst.

—Saldrán de Holanda, no hacia el Oeste, esto es, hacia Bélgica, sino hacia Alemania. La vigilancia allí será menor, por no decir inexistente, y, además, los rusos que vigilan las carreteras esperan ver pasar un «Mercedes» negro… El taxi podemos pintarlo de rojo intenso: es completamente diferente al negro, de día, pero de noche resulta también un color oscuro. Bien… Ustedes pasarán a Alemania, como si su destino fuese Dortmund, por ejemplo. Desde Dortmund, seguirán hacia el Sur; hasta llegar a Saarbrücken. Desde aquí, cruzan la frontera francesa, hacia Metz. Y de Metz, a París.

—Qué fácil —dijo Haarst, con claro sarcasmo.

—No es fácil —negó Baby—. Lo sé muy bien. Ante todo, se trata de recorrer unos novecientos kilómetros, que no son nada despreciables, y más en las actuales condiciones de escasez de gasolina…

—Eso no es problema —aseguró Kuryakin—. Si no la conseguimos de un modo, la conseguiremos de otro.

—Con eso cuento, Anatol —asintió Baby—. Pero no olvide en ningún momento el problema principal: sus compañeros de la MVD, que no son tontos, ni mucho menos. Sin embargo, tengo la esperanza de que si siguen mis instrucciones, llegarán sin novedad a París.

—Es muy posible —tuvo que admitir Helmutt Haarst—. Pero para marcharnos de aquí sin los diamantes, no la necesitábamos a usted.

—Pero sí me necesitan para que les lleve los diamantes a París, ¿no es cierto, señor Haarst?

—¡Mire, yo no sé qué clase de mentalidad tienen ustedes! —refunfuñó Haarst—, así que no consigo comprender cómo es posible que Anatol confíe en usted hasta el punto de…

—Le diré qué clase de mentalidad tenemos algunos espías —cortó secamente Baby—. Tomemos por ejemplo la mentalidad de Anatol Kuryakin: para él, lo más cómodo habría sido dejar que sus compañeros le quitasen los diamantes a usted, lo matasen en compañía de su hija, y se llevasen los diamantes. ¿Ha sido eso lo que ha hecho Kuryakin?

—No —vaciló Haarst—. Pero él, realmente, lo ha hecho por mi hija, y se puede comprender su actitud. En cambio, no comprendo la suya, no puedo admitir que usted se juegue la vida por nada.

—Al parecer, señor Haarst, yo tengo a su país, Kezania, en mucha más estima que usted mismo.

Helmutt Haarst quedó como si acabase de recibir un golpe en el estómago. Anatol Kuryakin le dirigió una irónica mirada, y prestó de nuevo su atención a Baby.

—Muy bien —sonrió—, sabemos ya lo que tenemos que hacer nosotros. ¿Qué hará usted?

—Les llevaré los diamantes a París.

—¿Cómo?

—En coche, con toda tranquilidad.

—¿En qué coche?

—En el «Mercedes» —sonrió la anciana, divertida—. Y por supuesto, por el camino más corto, que suele ser el más rápido. Esto es, cruzando Holanda, Bélgica y Francia. ¿A qué teléfono llamo, cuando llegue a París con los diamantes?

—Está loca —exclamó Haarst, demudado el rostro—. ¡Está completamente loca, Anatol! Pero no… ¡Claro que no está loca! Lo que quiere es que nos marchemos, ella llama a sus amigos, y se quedan con los diamantes, mientras nosotros vamos camino de París como tres cretinos…

—Francamente, Baby —murmuró Kuryakin—, en esta ocasión, no me parece que el señor Haarst, esté diciendo ningún disparate.

—Comprendo su desconfianza —asintió Baby—. Pero, por mi parte, no tengo nada más que decir.

—Por la nuestra tampoco —gruñó Haarst—. Sentimos mucho haberla molestado, y naturalmente, los gastos de viaje que haya tenido usted…

—Aceptamos —susurró el espía ruso—. Aceptamos, Baby.

—¿A cuál de los dos escucho?

—A mí. ¡Y cállese, Helmutt! Baby lleva un montón de años burlándonos a todos los rusos… Y a los chinos, y a todos. ¿Por qué tendría que fallar esta vez?

—Yo no digo que yaya a fallar —deslizó Haarst—, sino que estos diamantes pueden tentar a cualquiera, Anatol.

Anatol Kuryakin movió la cabeza, en actitud obcecada.

—No, no, no… Si quiere los diamantes, que le aprovechen. Pero eso no sería, propio de Baby. Por otra parte, lo seguro es que nosotros solos no podríamos sacarlos nunca de Amsterdam.

—Podemos utilizar el teléfono, llamar a París, y pedir ayuda a Ongo Namaro, el vicepresidente. Puede enviar varios hombres que…

—Sólo organizaríamos unas refriegas entre esos hombres y mis camaradas de la MVD. Y no creo que mis camaradas llevasen la peor parte. No. Nada de eso: Baby llevará nuestros diamantes a París. Sé que lo hará. El teléfono de allá es el 633-50-21, Baby.

—Dé acuerdo. Y ahora, a trabajar todos.

* * *

Hacia las cinco de la tarde, es decir, ya de noche, el taxi estaba pintado de un color granate, que había merecida la aprobación de la anciana.

Y muy pocos minutos después, Anatol Kuryakin salía de la casa, solo, disfrazado de nuevo más o menos convincentemente con su barba roja, encorvado, caminando como si tuviese bastante más edad. El objetivo era salir de Amsterdam por sus propios medios, llegar a la carretera que llevaba a Utrecht, caminar tres kilómetros, y esperar el coche, que conduciría Hilda Haarst, con su padre en el asiento de atrás, tumbado y oculto con una manta. A partir de ese momento, el espía ruso tomaría la iniciativa, hasta París.

A las siete, el disimulado taxi salió del almacén, conducido por Hilda Haarst, y Baby se quedó sola, con todas las llaves, y el coche «Mercedes» cargado con el baúl lleno de diamantes.

Y a las ocho, bajo una nevada cada vez más suave, la agente Baby abandonó el almacén vivienda donde habían estado ocultos los Haarst y el agente secreto soviético… Sólo que ya no parecía una anciana, ni muchísimo menos. Quien salió de allí fue una

hermosísima joven de largos cabellos negros, cuerpo erguido y escultural, y cuyos grandiosos ojos azules dejaron estupefacto al taxista que se detuvo, a una seña suya en la Van Wou Straat.

—Woorburgwa Hotel —pidió la bellísima joven.

Habían poquísimas personas en el vestíbulo del hotel cuando ella entró, pero las que habían quedaron mudas de admiración al ver a la muchacha de los grandiosos ojos azules caminando con gracia sin igual hacia la conserjería, y llevando en la manita izquierda un simpático maletín rojo con florecillas azules.

Después que ella hubo recogido la llave de su habitación y ya subía en el ascensor, uno de los hombres se acercó, todavía atónito, al conserje.

—¿Quién es? —preguntó.

El conserje no necesitó que precisase a quién se refería, desde luego.

—Una periodista americana —explicó—. Aunque tiene nombre francés, diría yo: Brigitte Montfort. Proviene de Nueva York, donde trabaja para un diario que se llama Morning News, o algo así.

—Bueno —sonrió, el rubio holandés—. Parece que también tienen cosas buenas en Estados Unidos, ¿verdad? Espero que esté en Amsterdam algunos días, para…

—No. Se va mañana. Llegó hoy mismo, a primera hora, para hacer no sé qué reportaje, pero parece que algo le ha fallado y se va mañana, a las siete.

—¿De la noche?

—De la mañana. Me ha pedido que le encargue un taxi para esa hora; parece que tiene que reunirse con unos amigos y salir de Amsterdam con toda urgencia.

—¿Por qué los americanos han de hacerlo todo tan de prisa siempre? —refunfuñó el otro.

Arriba, en su cuarto, la señorita Brigitte Montfort, periodista americana, ya no parecía tener ninguna prisa. Se estaba desnudando, lentamente, y luego fue al cuarto de baño, en cuyo espejo se contempló, completamente desnuda, prestando especial atención a los bellísimos senos que parecían de seda y de oro…, pero con unas desagradables marcas en la parte central.

—Esto de hacer de ancianita es una lata —se dijo, fruncido graciosamente el ceño—, tengo que encogerme, encorvarme,

apretar mis pechitos con esos horribles corsés. No sé, no sé. Cualquier día decidiré prescindir para siempre de mi disfraz de Annette Simonet, duquesa de Montpelier. ¡Aunque resulto tan encantadoramente inofensiva con él…!

Estiró coquetamente los brazos hacia arriba, de modo que los senos subieron, fuertes, pujantes, hermosos, con turgente vibración. Los estuvo mirando atentamente, y luego se pasó las manos por ellos, por las caderas de bellísima curva…

Y de pronto, sonrió como una niña.

—De todos modos —zanjó la cuestión—, prefiero ser quien soy, sin trampas: Brigitte Montfort, alias Baby, la espía más divina… y peligrosa del mundo.

* * *

A las siete de la mañana, la señorita Montfort pagó su cuenta en el hotel Woorburgwa, y subió al taxi en el cual estaban cargando su reducido equipaje: una sola maleta. El maletín rojo con florecillas azules lo transportaba personalmente en todo momento.

A las siete y veinte, el taxi se detenía delante de una vieja casa de tres pisos, con dos grandes puertas a los lados del portal. La señorita Montfort rechazó la amable ayuda que le ofrecía el taxista para llevarle la maleta, con la cual cargó sin la menor dificultad ni embarazo. Entró en el portal, dejó la maleta en el suelo, sacó del maletín las llaves, abrió aquella puerta, entró, y cerró con llave.

Se fue directa al dormitorio, donde sobre la cama, estaban las negras y pesadas ropas, así como el bastón con empuñadura de plata, los lentes de cristales redondos, la blanca peluca…

—Una verdadera lata —se enfurruñó.

Pero cinco minutos más tarde, la bellísima joven volvía a ser una simpática ancianita de blancos cabellos. Colocó la funda de raso negro a su maletín, recogió sus ropas juveniles… Lo fue colocando todo en la maleta, y una vez cerrada, quitó la etiqueta que indicaba el nombre y domicilio de la propietaria: Brigitte Montfort, Crystal Building, Quinta Avenida, Nueva York. La etiqueta la guardó en el doble fondo del maletín, con dos pasaportes que no había tenido todavía necesidad de usar en Holanda, también habían no menos de veinte mil dólares en billetes de cien, y unos pequeños estuches de

hoja de aluminio que parecían contener grageas, o algo parecido…

Cerró el maletín, y echó un vistazo alrededor. No, no se olvidaba nada.

Con la maleta en una mano y el maletín, el paraguas y el bastón en la otra, salió al recibidor-salón-comedor, también mirando a su alrededor. Nada, ningún fallo. Salió al almacén, y sonrió al ver el elegante coche «Mercedes».

—Tendrían que ser todos ciegos para no verme —se dijo.

Debían ser las ocho y diez cuando la encantadora anciana salía de Amsterdam, al volante del rutilante «Mercedes».

Y cerca de las nueve y media cuando decidió parar a comer algo. Hacía más de veinte horas que no había probado bocado, y le pareció que bien se merecía un bocadillo de salchichas alemanas con mostaza.

—Y una jarra de cerveza —sonrió—. Me las he ganado.

Había detenido el coche en el estacionamiento de aquel parador ubicado junto a la carretera un poco antes de llegar a Culemborg, y se apeó, tras dirigir una amable mirada por el retrovisor hacia el coche que la había estado siguiendo prácticamente desde que saliera de Amsterdam.

«Zambomba, como diría Frankie —pensó—, ¡pues sí que están siendo discretos mis colegas de la MVD!».

Capítulo IV

Los tres agentes de la MVD que ocupaban el coche detenido a discreta distancia del «Mercedes» cambiaron una mirada de desconcierto cuando vieron apearse a la anciana de blancos cabellos. Luego volvieron a dedicarle toda su atención, mientras ella caminaba hacia el parador, con gracioso temblequeo de su encorvado cuerpo, apoyándose en el bastón.

Y así estuvieron, hasta que la anciana desapareció dentro del parador.

Entonces, uno de ellos dijo:

—Una anciana… No entiendo esto.

—Pues debe tener una explicación —dijo otro—, porque el coche es el de Helmutt Haarst, sin la menor duda.

—Yo creo —dijo el tercero— que estamos perdiendo demasiado tiempo. Pase lo que pase, esa mujer tiene que saber algo que nos interesa, algo relacionado con Haarst y con ese maldito traidor de Anatol Kuryakin.

—Es posible, pero no me gusta esto… Huele a trampa.

—¿Qué clase de trampa quieres que nos tienda una anciana como ésa? —gruñó otro.

—No lo sé. Pero yo esperaría que se reuniesen con nosotros los camaradas a los que hemos avisado por radio.

—¿Sí? Bueno, ¿cuántos crees que deberíamos ser para atacar a una vieja? ¿Quinientos?

—No se trata de atacarla, sino de saber…

—Esperadme aquí —murmuró el primero en hablar, y que después había permanecido en silencio, pensativo—. Mientras esperamos a los demás, veré si puedo sacar algo en claro. Voy a tomar un café.

—Cuidado —rió irónicamente el que parecía más decidido de los otros dos—, ¡no te vaya a morder la abuelita, Ivan!

Ivan Tepov salió del coche refunfuñando algo, y se dirigió hacia el parador. Apenas entrar vio a la anciana, sentada a una mesa, sola, mirando con impertinente curiosidad a su alrededor. Ivan Tepov casi sonrió al darse cuenta de la actitud altiva, pero ciertamente cortés por parte de la anciana. Parecía una dama inglesa… No., Francesa. Una francesa de las que están convencidas de que Francia ha hecho un favor al mundo permitiéndole copiar de ella todo lo bello, correcto y admirable que puede ofrecer la vida.

El agente ruso se sentó ante el mostrador, y pidió un café. Mientras lo esperaba, miraba cada vez más interesado a la anciana, y se sorprendió pensando que pese a aparentar unos… sesenta y tantos años, muy cerca de los setenta, todavía resultaba atractiva, dentro de las lógicas posibilidades. Elegante… Muy elegante, desde luego. Finos modales, actitud seria, distante… Sus blancos cabellos resultaban encantadores, y sus ojos, tras los cristales redondos, se veían grandes, todavía con sorprendente destello juvenil.

«Notable —pensó Ivan Tepov—. En verdad notable».

Aún se lo pareció más cuando a la dama le sirvieron un par de bocadillos de salchichas con mostaza y una jarra de cerveza. Durante unos segundos, atónito, la estuvo viendo comer, con magnífico apetito. Y parecía que la cerveza era también de su agrado. Ella comía, él tomó su café… Ivan Tepov se convenció de que nadie, allí, haría contacto alguno con la anciana. No. Ella se había detenido simplemente porque tenía apetito, no porque así hubiese quedado convenido con alguien.

Ivan era un hombre de buen humor. Tenía casi cuarenta años, de los cuales, nada menos que dieciséis los había pasado al servicio de diversas modalidades del espionaje ruso. Prácticamente había estado como «residente» en todas las capitales de Europa, y se había visto envuelto en no pocas aventuras extrañas, peligrosas y desconcertantes… Pero era la primera vez que se encontraba en una situación como aquélla: toda la MVD destinada en Holanda estaba buscando aquel coche «Mercedes», escamoteado ni más ni menos que por uno de sus más expertos camaradas, Anatol Kuryakin, quien sin duda, era capaz de imaginar los más variados trucos para intentar sacarlo de Holanda. Pero el coche aparecía a pleno día, y su conductor era una encantadora anciana.

Pagó su café, y fue hacia la mesa de ella, que en aquel momento

estaba con la jarra de cerveza en alto, bebiendo con gran complacencia. Al verlo detenerse ante su mesa, la anciana alzó las cejas en gesto interrogante, pero terminó de beber, dejó la jarra, y la emprendió con el segundo bocadillo de salchichas… ¡con mostaza!

Y justo en aquel momento, Ivan Tepov comprendió de súbito, la jugada de su camarada Anatol Kuryakin: les había servido el coche en bandeja, pero, ciertamente, los diamantes no viajaban en aquel coche. La revelación fue tan brusca, tan brutal, que el agente de la MVD palideció intensamente. Tanto, qué la anciana dama tuvo que notarlo.

Dejó de masticar, y lo contempló con expresión preocupada.

—*Madame* —susurró Ivan—, ¿me permite sentarme a su mesa?

Su correcta pronunciación del francés pareció sorprender agradablemente a la anciana. Pero, al mismo tiempo, la desconcertó su ruego.

—¿A mi mesa? —contestó también en nítido francés parisino—. ¿Para qué, joven?

—Me gustaría conversar con Usted unos minutos.

—¿Sobre qué? —se sorprendió aún más la anciana.

—Por favor: ¿puedo sentarme?

—Pues… Oh, está bien, sí.

Tepov se sentó, y miró hacia el exterior. A través de los cristales de la ventana vio el coche «Mercedes», y su gesto se nubló aún más.

—¿Es de usted ese coche, *madame*? —señaló.

—¿El «Mercedes»? Sí, por supuesto.

—¿De veras?

—Sí… Sí, sí, de veras.

—¿Está segura?

La anciana acabó de tragar un sabroso bocado de bocadillo de salchichas, y miró hoscamente al espía ruso.

—Joven, ¿qué está usted insinuando?

—¿Lleva usted documentación, supongo? —preguntó a su vez Ivan Tepov—. No sólo personal, sino del vehículo… ¿Las lleva?

—Tenga la bondad de retirarse —se mosqueó la anciana—. Me está usted molestando. A menos que yo sea una pobre tonta, sus palabras sugieren que yo he podido robar ese coche, o algo parecido.

—¿Y no ha sido así?

La anciana frunció todavía más el ceño, pero, al mismo tiempo, Tepov habría jurado que en el fondo de sus azules ojos había una chispita de guasa.

—¿Cómo se llama usted, joven? —preguntó.

—¿Yo? Pues… Mm… ¿Por qué pregunta eso?

—Porque voy a demandarle por difamación, en el primer puesto de policía que encuentre.

—Oh. Bueno, *madame*, no se lo tome así…

—¿Cómo quiere que lo tome? Soy la duquesa de Montpelier, honrada y honorable ciudadana francesa, en viaje de turismo por ésta estúpida Europa, y me encuentro a un joven no menos estúpido qué pretende acusarme del robo de un coche… Un momento —sus ojos se abrieron mucho de pronto—: ¿no será usted de la policía?

—No exactamente, *madame*. Pero puedo acompañarla hasta Culemborg y llevarla directamente a uno de esos puestos que usted busca para denunciarme. ¿Le parece bien?

—Oh, pues… Bueno, no soy rencorosa —sonrió la anciana, terminando su segundo bocadillo—. Y para demostrárselo, le voy a permitir que pague mi desayuno.

Ivan Tepov se encontró sonriendo.

—Según parece, eso es todo un privilegio, *madame*.

—¡Naturalmente!

—En ése caso, voy a tener mucho gusto en invitarla —el ruso sacó un billete y lo dejó sobre la mesa—. Y ahora, *madame*, me gustaría que hablásemos en serio.

La duquesa de Montpelier asintió con la cabeza, ahora con gesto preocupado. Pero consiguió sonreír de nuevo, de aquel modo tan encantador.

—Me parece que me he metido en un lío, ¿verdad, joven?

—Temo que sí, *madame* —sonrió de nuevo Ivan—. El coche no es suyo, ¿verdad?

—Pues… no. No lo es.

—Entonces…, ¿por qué lo conduce usted?

—Si se lo cuento, no va a creerme, joven. ¿El coche es suyo, quizá?

—No. En cuanto a lo que usted me cuente, es posible que sí la crea, *madame*. La escucho.

—Verá usted… Oh, espere, no es usted alemán, supongo.

—No. ¿Por qué?

—Estos alemanes… Se lo advertí a mi nieta. Hijita, le dije, no te cases con un alemán, son testarudos, tienen poco sentido del humor, y recuerda que han invadido Francia dos veces. Hasta es posible, añadí, que estén planeando invadirla de nuevo… ¿A usted le parece descabellado esto, joven?

—¡Bueno —se desconcertó Ivan—. No sé… Yo diría que actualmente, esa posibilidad es bastante remota, *madame*.

—¡Es un error confiar en los alemanes, se lo aseguro! La primera vez que pusieron sus feas botas en Francia, yo tenía once años, pero nunca lo he olvidado. Y claro está, fue entonces cuando comenzaron a desagradarme profundamente. Luego se arreglaron las cosas, y ellos volvieron a Alemania. Pero, veinte años después, allá los teníamos de nuevo, con botas más sólidas y más feas. Recuerdo a un oberleutnant que cuando entró en París…

—*Madame* —cortó Tepov—. ¿Qué tiene que ver todo esto con el coche «Mercedes»?

—Estaba intentando explicarle a usted por qué no me gustan los alemanes. También se lo expliqué a mi nieta, cuando dijo que quería casarse con uno de sus cabezotas *Herr* von no sé qué… Y el caso es que el alemán en cuestión era un muchacho muy atractivo, no tengo más remedio que admitirlo. Casi tan alto como usted, rubio, de ojos claros, expresión simpática… Eso sí, tenía la clásica cabezota cuadrada de los alemanes. Y eso me alertó. Hijita, le dije a mi pequeña Monique, piénsalo bien: cualquier día te encontrarías en el otro bando, si te casases con un alemán. Porque yo insisto en que ellos volverán a Francia… No hay dos sin tres. ¿Conocía usted este refrán? Y hay otro que dice: a la tercera, va la vencida, la definitiva. Oh, Dios mío, preferiría no estar viva, el día en que los alemanes vuelvan a Francia…

—*Madame*, por favor, ¿cómo consiguió usted el cuche?

—Lo cambié por el mío.

—¿Lo… cambió… por el suyo?

—Sí, un «Renault-6». ¿Conoce el modelo?

—Pues…

—Es un coche mucho más modesto, desde luego. Pero a mí me va muy bien. Es ligero, aceptablemente cómodo y manejable,

consume poca gasolina, lo cual es una bendición, en estos tiempos… ¿Y qué me dice usted de los árabes? ¡Su jugada ha sido la más sucia de toda la Historia del Mundo, al cortar el suministro de petróleo a Europa! ¿No está de acuerdo?

Ivan Tepov se pasó una mano por la frente. Le parecía que comenzaba a tener fiebre.

—*Madame*, el coche… ¿Cómo lo consiguió? Bien, ya sé que lo cambió por el suyo, un «Renault-6», de acuerdo… ¿A quién se lo cambió?

—Verá usted… Después de decirle al marido de mi nieta que era un cabezota clásicamente alemán, salí de Hamburgo, dispuesta a regresar a París, a ver si llegaba a tiempo de pasar allí el Año Nuevo, con uno de mis nietos. Se llama Robert, y es un muchacho de lo más encantador. Es todo un francés, ¿comprende? ¿Comprende?

—Sí —casi gritó Tepov—. ¡Sí, sí, comprendo!

—También está casado. Pero, como Dios manda, o sea, con una francesa. Aunque a decir verdad…

—*Madame*, salió usted de Hamburgo con su coche, después de discutir con el cabezota que se había casado con su nieta…

—Joven, está ofendiendo a mi familia.

—¿Cómo?

—¡No le permito a usted que llame cabezota al buen Karl!

—Pero, *madame*, usted misma ha dicho…

—Yo puedo decir lo qué quiera de mi familia, pero no usted. ¡*Bon Dieu*, que gran descortesía la suya!

—Le… le ruego que me perdone. Veamos, salió de Hamburgo con su coche… ¿Y…?

—Pues llegué a Bremen, luego a Oldenburg…

—¡*Madame*, por favor! Concretamente, ¿cuándo, dónde y a quién le cambió usted el coche?

—Pues fue ayer por la tarde, en Amsterdam, a un hombre y una mujer. Al principio pensé que era uno de esos pequeños líos entre un caballero ya maduro y una jovencita, pero me parece que eran padre e hija. Muy educados. Yo llegué a un hotel, y hacía poco que me había instalado en una habitación para descansar, cuando llamaron a la puerta. Eran ellos…

—¿Él tiene unos cincuenta años, cabellos grises, y lleva lentes?

¿Y ella debe tener unos veinte, es rubia, ojos claros, muy bonita…?

—Sí… ¡Sí, exactamente!

—¿Y le propusieron cambiar el coche?

—Sí, sí.

—Pero… ¿a usted no le pareció absurdo eso?

—Bueno, al principio creí que era alguna extraña broma. ¡Los holandeses son tan peculiares…! Pero cuando me ofrecieron los Cinco mil dólares, me dije que era una broma que valía la pena seguir. Verá usted, ciertamente soy duquesa, pero… Bien, le diré que esos cinco mil dólares no le van mal a mi título… En los últimos tiempos…

—*Madame*, ¿qué trato hizo usted exactamente con esas dos personas? Por favor, exactamente.

—Me dijeron que tenían que llegar cuanto antes a un lugar llamado Tilburg, y que su coche se les había estropeado. No tenían tiempo de alquilar uno, el último tren había partido… Bueno, pusieron las cosas en verdad difíciles. Claro está que yo me sentía muy desconcertada, y hasta desconfiada…, hasta que me entregaron los cinco mil dólares americanos. Pensé que con ese dinero podía comprarme varios coches como el mío, de modo que, evidentemente, ellos debían tener buena fe. Me dijeron que su coche estaba en un taller cerca del hotel, y que allí me entregarían las llaves cuando fuese a recogerlo. Eso sería esta mañana, naturalmente. Como quiera que yo me dirigía hacia Francia de todos modos, podría seguir mi viaje en el «Mercedes», y al llegar a Tilburg ellos me estarían esperando, después de resolver su urgentísimo asunto, y entonces volveríamos a cambiar de coche…

—¿En Tilburg?

—Un kilómetro antes de esa ciudad, ellos me estarían esperando, junto a la carretera, y cuando me viesen llegar me harían señas…

—¿A qué hora calculó usted que llegaría a Tilburg?

—Oh, yo conduzco muy moderadamente… Quedamos en que nunca sería después de las cinco de la tarde. Qué extraño es todo esto, ¿verdad?

—¿Eso no lo pensó ayer, *madame*?

—Sí…: Pero no sé… Bueno, cuando vi los cinco mil dólares… Sí, la verdad es que pensé que estaban haciendo algo que quizá no

fuese muy… aceptable, pero… Bueno, joven, no sé cómo explicarle a usted lo que significan para mí cinco mil dólares.

—¿Puedo verlos, *madame*?

La anciana le miró alarmada, y puso la mano, bruscamente, sobre el maletín forrado de raso negro que tenía a su lado sobre la mesa.

—¿Para qué? —se tensó su voz—. Si usted no es de la policía…

—*Madame*, si usted no colabora conmigo y con mis amigos, mucho me temo que antes de quince minutos tendrá que dar muchas más explicaciones a la policía. De verdad, se ha metido en un lío, y el mejor modo de salir de él es colaborar con nosotros… Eso, suponiendo que todo lo que nos ha contado sea cierto, porque… jamás he escuchado una historia tan descabellada, francamente.

—¿Insinúa usted que he mentido? —se envaró la anciana.

—Su maletín de viaje, *madame*.

La duquesa de Montpelier vaciló, pero acabó por empujar el maletín hacia Ivan Tepov, que lo abrió y se quedó mirando el heterogéneo contenido, muy propio de una mujer en viaje. Había además una pequeña cámara fotográfica, unos gemelos de teatro, un pequeño trípode de tubo de aluminio para la cámara fotográfica…

—No veo el dinero, *madame*.

Ella se mordió los labios, tomó la cámara fotográfica, y la abrió. Allá dentro, en lugar de la película, había un rollo de billetes de cien dólares, bien apretados. Ivan Tepov no pudo evitar una sonrisa, y miró a la anciana, moviendo la cabeza con amable gesto admirativo.

—Caramba, *madame*…

—Bueno, nunca… nunca se sabe lo… lo que puede pasarle a una pobre anciana que viaja sola… ¡Oh, Dios mío, no debí ser tan intransigente con Karl, debí…!

—No, se preocupé demasiado. A menos, *madame* —la miró de pronto fijamente, fríamente—, que no esté diciendo la verdad.

—¡Se lo juró! ¡Le juro que…! Oh, maldito dinero…

—Tranquilícese. Y si no desea nada más, me gustaría que fuésemos a echarle un vistazo al coche.

—No me lo van a quitar, ¿verdad? Tengo que seguir…

—Le voy a insistir, *madame*, si usted nos ha dicho la verdad, llegará a París sana y salva y a su debido, tiempo. ¿Vamos al coche, por favor?

—Sí… ¿Puedo… puedo quedarme… el dinero?

—Desde luego —asintió Ivan, con indiferencia.

La anciana cerró el maletín, y se puso en pie. Tepov la estaba ya esperando, y la tomó amablemente del brazo. Salieron del parador, y el ruso hizo una seña hacia el coche donde le esperaban sus dos compañeros, que salieron inmediatamente y fueron hacia ellos.

Llegaron todos prácticamente a la vez junto al «Mercedes».

—Las llaves, *madame* —pidió Tepov.

Ella se las entregó, y el ruso abrió el portamaletas. Los tres rusos se quedaron mirando fijamente el baúl.

—Hay que abrirlo —susurró uno de ellos—. Aunque no creo que estén ahí. Utiliza ese destornillador —señaló, mirando a Tepov.

—Por favor, no estropeen nada —pidió la anciana.

—Mire, *madame*, tenemos que abrir…

—Es que… es que tengo la llave del baúl…

Los tres rusos se quedaron mirándola, atónitos.

—¿Cómo, es eso posible, *madame*? —preguntó Tepov.

—Está con las del coche. Me las entregaron así… Bueno, supongo que no debí ser tan curiosa, pero cuando vi tantas llaves, pensé que… La… la verdad es que las probé, y… ¡Pero fue sólo curiosidad, no pretendía…!

—Está bien, *madame*, está bien.

Ivan Tepov la miraba, interrogante, con las llaves en la palma de su mano. La anciana señaló una, y el ruso la utilizó para abrir el baúl. Alzó la tapa…, y todos se quedaron mirando los libros: el baúl estaba lleno de libros.

Tepov metió las manos, los removió furiosamente, pero, donde hay libros, pues sólo hay libros. Uno de los otros dos había lanzado una fea imprecación en ruso, que la anciana tuvo que pasar por alto, a menos que quisiera demostrar que entendía el ruso tan bien como el francés, el inglés, el español, el italiano, el portugués y el alemán…

—¿Esto es todo lo que había en el baúl cuando usted lo abrió, *madame*? —refunfuñó Tepov.

—Sí, claro… Oh, los dos me parecieron muy cultos, así que no

me sorprendió… ¿Debería haber otra cosa?

—A ver esa maleta —señaló otro de los rusos.

—La… la llave también está ahí —dijo la anciana—, pero sólo hay…

—Por favor, *madame,* ¡cállese!

La maleta fue abierta. Contenía ropas de mujer. De mujer joven, sin duda alguna, a juzgar por los vestidos y la ropa interior. Mientras los otros dos rusos comentaban que debía pertenecer a Hilda Haarst, desde luego en ruso, Ivan Tepov se encaró de nuevo con la asustadísima anciana.

—¿Y usted no lleva equipaje, *madame*?

—Pu… pues no. Bueno, salí tan precipitadamente de Hamburgo, tan enfadada con Karl, que no quise esperar a recoger mis cosas… Supongo que me las enviarán y que…

Tepov le hizo una seña para, que callara, y se pasó las manos por la cara.

—Bueno —gruñó en ruso uno de sus camaradas—, ¿puedes decirnos ya qué es lo que pasa con esta vieja?

Capítulo V

Cuando Ivan Tepov terminó de explicarles a sus compañeros lo mismo que la duquesa de Montpelier le había explicado a él, los dos mostraban una expresión que no podía ser más incrédula.

—Vamos, Ivan —gruñó uno de ellos—. ¿Cómo demonios has podido creer semejante cosa?

—Es tan inverosímil —intervino el otro, siempre en ruso—, que puede ser cierta, Sergei.

—¡No digas tonterías! ¿Acaso Vas a creerte que a esta mujer la están esperando los Haarst y el maldito Kuryakin en Tilburg, para recuperar el coche? ¡Deben estar ya en los mismísimos infiernos, con los diamantes! ¡Maldita sea…!

—Bueno, quizá…

—Sergei tiene razón, Yuri —murmuró Ivan—. Desde luego, es posible que la anciana nos esté engañando pero, francamente, no lo creo. Haría falta estar loca para meterse en este asunto sirviendo de cebo a la MVD; a sabiendas. Si nos ha engañado, sabe que lo pasaría muy mal.

—Entonces, es lo que yo he dicho —masculló Sergei—, jamás volveremos a ver esos diamantes.

—Lo más probable es eso, desde luego —admitió sombríamente Ivan Tepov—. Y a mí sólo se me ocurren dos cosas, que podamos hacer ahora nosotros. Una de ellas es regresar hacia Amsterdam, con la anciana, y someterla a un interrogatorio… adecuado. Pero creo que sería perder el tiempo. La otra cosa consiste en mantener viva nuestra última esperanza.

—¿Y es…?

—Ir a Tilburg. Ya sé, ya sé —atajó el bufido de Sergei—, lo más seguro es que los Haarst y Kuryakin no aparezcan jamás por allí, pero… ¿qué otra cosa nos queda? Siempre estaremos a tiempo de regresar a Amsterdam con la anciana.

—Es una posibilidad —intentó consolarse Yuri—. Pero tan remota…

—Pues si se os ocurre algo mejor, decidlo —farfulló el irritado Ivan.

Cambiaron unas miradas, y acabaron encogiendo los hombros. ¿Algo mejor? Desde luego que no. Tal como estaban las cosas, los agentes de la MVD se consideraban a distancia ya insalvable de los diamantes: Pero…

—Está bien —dijo Sergei—, nos daremos un paseo hasta Tilburg. ¿Y la vieja?

—Vosotros seguidnos con nuestro coche —decidió Tepov—. Y, llamad a los demás por la radió, que se vayan concentrando lentamente y con gran discreción hacia Tilburg, y que esperen instrucciones nuestras también por radio a unos dos kilómetros antes de llegar a esa ciudad procedentes del Norte. Si los Haarst apareciesen, los cazaríamos…

—Pero no aparecerán —sentenció Sergei.

—¿No esperamos a los que ya vienen hacia aquí? —sugirió Yuri.

—No. Cuantos menos coches vayamos juntos, mejor. Precisamente a ésos decidles que abandonen esta carretera en cuanto puedan, que vayan dando rodeos. Tenemos tiempo de sobra…

—Los Haarst no estarán allá —insistió Sergei.

—¡Está bien, no me toques más los… bigotes! —casi gritó Tepov —. ¿Qué demonios quieres que haga?

—Tranquilos —recomendó Yuri—, ninguno de nosotros tiene la culpa. Vamos al coche, Sergei.

Lo tomó de un brazo, y tiró de él. La duquesa de Montpelier les miró alejarse, un poco encogida, temerosa. Cuando Tepov la miró parecía terriblemente asustada.

—¿Qué… qué pasa, qué van… a hacer… conmigo?

—No tiene por qué preocuparse, *madame* —procuró mostrarse cortés Ivan Tepov.

—Entonces, ¿puedo… puedo seguir mi viaje…?

—Desde luego.

El rostro de la anciana se iluminó.

—¡Oh, muchas gracias! ¡Le estoy…!

—Pero si me lo permite, *madame*, viajaré con usted.

—Oh.

—Procuraré ser un compañero de viaje agradable —sonrió el ruso—. Pero se lo voy a advertir muy seriamente, por si todo este fantástico relato de usted fuese una mentira… iré en el asiento de atrás, y tengo una pistola. ¿Lo entiende, *madame*?

—U… u… una… una pis… pistola… ¡Dios mío!

Ivan Tepov, aunque de un modo muy remoto, se sentía bastante mosqueado cada vez que miraba con la debida atención los ojos de la anciana. Pero quizá, pobrecilla, aquella expresión que a él le parecía de guasa fue tan sólo la manifestación de su miedo…

—Ya ve, *madame*, las complicaciones que pueden traer cinco mil dólares.

—¡Si hubiese sabido esto…!

—No se lamente de ese modo —rectificó el ruso—. Diga más bien: ¡si les hubiese mentido a esos tres hombres…! ¿Comprende cuál es su verdadero peligro, *madame*?

—Yo no… no les he mentido. ¡Le juro…!

—Pase al volante. Y conduzca de ese modo tan moderado que acostumbra.

—¿A… adónde vamos…?

—A Tilburg, naturalmente.

—Ay… ¡Ay, Dios mío…!

Ivan Tepov la empujó suavemente hacia la puerta del volante, esperó, a que ella entrase, lo hizo él, y le tendió las llaves. Cuando el «Mercedes» se alejó del parador, el otro coche con los dos rusos lo hizo tras él, pero concediéndole una considerable ventaja, casi de un minuto.

Dentro del «Mercedes», Ivan Tepov consultó su reloj de pulsera.

—Ni siquiera son las diez de la mañana, *madame*. ¿Cree que los propietarios del «Mercedes» pueden estar ya esperando su llegada, junto a la carretera?

—No sé… Quedarnos que no llegaría más tarde de las cinco, pero no hablamos de una hora determinada anterior.

—Hay poco más de setenta kilómetros hasta Tilburg, por carretera… Por despacio que vayamos, estaríamos allá a mediodía. Y no me parece una hora adecuada. No creo que ellos lleguen allá antes de las tres de la tarde… Es decir, que debemos perder tres horas. Pero no viajando, no está la situación como para desperdiciar

gasolina. Por cierto, ¿cómo está el depósito?

—Lo llené en Amsterdam.

—Ah, magnífico. De todos modos, buscaremos un sitio donde podamos perder tres horas. Por el momento, siga hacia el sur.

—Oh, estupendo… Eso quiere decir que cada vez me acerco más a París, ¿verdad?

—Lo importante, *madame*, es llegar, no basta con acercarse. Uno puede estar muy cerca de París y no llegar nunca. ¿Me comprende?

—Creo… creo que sí…

—Pues mientras conduce, vaya reflexionando sobre esto, el mejor modo de que usted llegue a París algún día consiste en que no se haya inventado esa fantástica historia.

—No me he inventado… ¿Dice usted algún día? Pe… pero yo… yo quisiera estar en París para… para pasar allí el día de Año Nuevo.

—Todo es posible en la vida, *madame*. Siga conduciendo con toda su atención, por favor. Yo le diré cuándo debe parar… Y si me lo permite, le diré que conduce usted muy bien.

—Espero… que eso me permita llegar a París…

—¿Por qué no? —sonrió Ivan Tepov.

Quince minutos más tardé, el agente soviético tocó en un hombro a la duquesa.

—¿Ve usted ese bosquecillo de castaños, a nuestra derecha, *madame*? Pues salga de la carretera y métase en él.

—Pero… no parece que haya un camino que…

—Estoy seguro de que usted resolverá ese pequeño problema.

—Lo… lo intentaré…

Lo intentó muy bien. El coche estaba en el bosquecillo pocos segundos después, e Ivan se dispuso a salir de él, diciendo:

—Voy a hacer señas a mis amigos para que se reúnan aquí con nosotros. No se mueva de aquí, *madame*.

—Oh, un momento, por favor —la anciana se volvió en el asiento hacia el ruso—. Quisiera hacerle… una confesión.

Tepov quedó como petrificado en el asiento un instante. En seguida se adelantó, fruncido el ceño.

—¿Una confesión? ¿Cuál?

—En realidad, son dos —sonrió tímidamente la anciana—. La primera es que usted me ha parecido un buen muchacho, muy

simpático y aceptablemente considerado con una pobre anciana.

—Vaya —sonrió Tepov, divertido—. ¿Y la segunda?

—Pues la segunda es que… no soy tan inofensiva como parezco, Ivan. Espero que no me guarde demasiado rencor.

Ivan Tepov ni siquiera tuvo tiempo de reflexionar sobre el sorprendente hecho de que la anciana conociese su nombre: la mano derecha de ella, como partiendo del hombro izquierdo en gracioso saludo marcial, fue hacia él, a una velocidad aterradora. El ruso recibió el golpe con el canto de la mano en el hueco de la barbilla, fue lanzado hacia atrás, rebotó en el asiento y cayó hacia delante, sin sentido.

Inmediatamente, la anciana se apeó y corrió hacia la carretera a una velocidad y con una seguridad pasmosas. Apareció en la carretera tres o cuatro segundos antes de que el otro coche estuviese a la vista. En seguida alzó los brazos, haciendo señas, y regresó hacia el «Mercedes». Abrió la puerta izquierda de atrás, y se quedó allí, vuelta hacia la carretera.

El otro coche llegaba cerca de ella poco después, rebotando, y los dos rusos se apearon rápidamente, pistola en mano.

—¡Corran! —gritó histéricamente la anciana—. ¡A su amigo le ha ocurrido algo, se ha desmayado…!

Sergei y Yuri cambiaron una mirada de desconcierto y de incredulidad, antes de echar a correr hacia el «Mercedes». Yuri apartó a la anciana de delante de la puerta, casi levantándola asiéndola por la ropa del pecho, mientras Sergei metía medio cuerpo dentro del coche.

—¡Como esto sea una…! —empezó Yuri.

Ya no dijo nada más. Su cabeza pareció estallar en un millón de luces de colores al recibir en plena frente el hachazo que la inofensiva anciana le propinó con el canto de la mano derecha, mientras la izquierda mantenía apartada la pistola de Yuri, que puso los ojos en blanco y se desplomó hacia atrás, emitiendo un ronco gemido.

Cayó él al suelo, pero no su pistola, que quedó en la mano izquierda de la peligrosa ancianita, la cual se colocó detrás de Sergei cuando éste, sobresaltado por el gemido de Yuri, hacía intención de salir del coche \ volverse…

—No se mueva, camarada Sergei —se apoyó en su nuca la

pistola de Yuri, mientras escuchaba la voz de la anciana hablando en perfecto ruso—. Salvo para pasar su brazo derecho a la espalda, con la pistola. De verdad, preferiría no matarle, pero…

Sergei estuvo inmóvil unos segundos. Dejó de notar en su nuca la presión de la pistola, y comprendió que la anciana se había colocado a una distancia más prudente, previniendo cualquier posible reacción por su parte. Por fin, tras la vacilación, lívido de rabia, el agente soviético pasó su brazo derecho a la espalda la pistola le fue arrebatada rápidamente.

—Siga sin moverse mientras le doy unas pequeñas explicaciones —habló de nuevo la muchacha—. Espero que sea tan inteligente que comprenda que me disgustará mucho ser desobedecida en cualquier detalle. Veamos… Salga del coche, tome las llaves, abra el maletero y verá, además del baúl y la maleta, una lata para gasolina, que está vacía. Junto a la lata hay un tubo de goma. Tome ambas cosas, vaya hacia el coche de ustedes, destape el depósito de gasolina, meta la goma dentro, succione hasta que salga la gasolina y lléneme la lata de tan precioso líquido, que será mi reserva para llegar hasta París, espero. La lata y el tubo volverá a dejarlos en su sitio, esto es, en el maletero del «Mercedes». Cierra usted el maletero y vuelve a colocar las llaves en el contacto. Luego, carga con su camarada Ivan y lo lleva al coche de ustedes. Después hace lo mismo con su camarada Yuri. Los dos en el asiento de atrás. Finalmente, usted se sienta, también en el asiento de atrás, entre ellos dos… ¿Me ha comprendido?

—Sí.

—Pues hágalo.

Lo primero que hizo la anciana mientras Sergei caminaba ya hacia su coche con las llaves del «Mercedes», fue quitarle la pistola a Ivan Tepov, del bolsillo. Luego, siempre sin perder de vista a Sergei, sacó su maletín, lo colocó sobre el capó delantero, y lo abrió. Abrió el doble fondo, retiró una de las «grageas» envueltas en papel de aluminio, y retiró este material, dejando al descubierto la ampolla de gas narcótico que hasta entonces había estado herméticamente protegida.

En pocos minutos Sergei terminó de cumplir las órdenes de la anciana, que, una vez lo tuvo sentado en el asiento trasero del otro coche, entre sus dos desvanecidos camaradas, le contempló un tanto

hoscamente.
—¿Sabe, camarada Sergei? Usted es el más antipático de los tres y debería darle una buena lección, pero no tengo tiempo… ¿Está cómodo?
—Muy cómodo, gracias.
—Lo celebro. Ya ve que no soy rencorosa en exceso. Cuando despierten, dígale a Ivan que es verdad que me ha resultado simpático.
Tiró la ampolla dentro del coche, contra el cristal de la otra portezuela, mientras cerraba con veloz movimiento la que había utilizado Sergei… Vio a éste moverse hacia delante, como queriendo abalanzarse fuera del coche…, pero ella sabía que no tendría tiempo de nada.
Y así fue. Sergei quedó dormido mientras se movía hacia adelante, de modo que cayó fuera del asiento, quedando en incomodísima postura en el piso del coche, mientras Yuri e Ivan caían de lado uno contra otro, profundamente dormidos.
La duquesa de Montpelier contempló a Sergei a través del cristal, y movió la cabeza con gesto de reproche.
—Tú lo has querido. Si te hubieses estado quieto, pasarías mucho mejor esas dos horas, colega.
Tiró entre unas matas las pistolas de los rusos. Luego, con la punta de su bastón-estoque, removió un poco de barro, y lanzó un puñado a la placa delantera de la matrícula. Hizo lo mismo con la de atrás, se lavó las manos en uno de los charquitos y frunció el ceño, en verdad disgustada.
—¡Brrr…, qué frío! —refunfuñó.
Se metió en el «Mercedes», se frotó las ateridas manos y sacó el plano de carreteras de la guantera. Su dedito se posó un poco más abajo del puntito que indicaba la posición de Culemborg, y luego se fue deslizando, siguiendo las líneas que indicaban determinadas carreteras.
—Puedo cruzar la frontera, a la altura de Bergen op Zoom, y seguir hacia Anvers… Eso ya es Bélgica. Luego podría seguir por la autopista hacia Gent, cruzar la frontera belga y francesa por Lille, y seguir directa a París, vía Amiens… Pero eso es demasiado directo. Cierto que todos los rusos se están concentrando en dirección opuesta, esto es, hacia Tilburg, y que dispongo de casi dos horas de

ventaja como mínimo, pero… Bueno, seguiré en esa dirección, pero haciendo zigzag por carreteras secundarias. Tardaré más en llegar a París, pero llegaré. Claro que… —sonrió— llegaré de todos modos. Bueno, querida, ahora, el siguiente acto.

Cinco minutos más tarde, el «Mercedes» regresaba a la carretera.

Debían ser aproximadamente las diez y media de una fría y húmeda mañana.

Capítulo VI

—¿Qué hora es? —preguntó uno de aquellos sujetos.

—Las tres y media… ¡Y maldita sea; no he pasado tanto frío en mi vida!

—Pues espera a que llueva y verás. Y no te digo nada si empieza a nevar… Te vas a enterar entonces de lo que es frío de verdad.

—Y si se nos hace de noche aquí —intervino el tercero—, la vida va a parecerte un puro asco.

—Ya me lo parece —refunfuñó el otro—. ¿No nos contrataron para ir a África?

—Eso nos dijeron, sí.

—Pues ya me diréis qué maldita cosa tiene que ver África con este maldito lugar.

—Tómatelo con calma… Lo malo de nuestra profesión es que hay que aceptar lo que nos echen, y acudir allá donde nos digan.

—Pues nos dijeron África, ¿no?

—Bueno, no fastidies más… Nosotros dos tenemos tanto frío como tú, y nos aguantamos.

El disconforme de los tres sujetos siguió refunfuñando, pero por lo bajo, alejándose un poco de sus compañeros con, paso vivo, agitando los brazos, pisando fuerte, buscando una reacción de calor en su cuerpo. Caminó hacia donde habían dejado las tres poderosas motocicletas, y las contempló hoscamente. Eran máquinas con las que podían alcanzar nada menos que los ciento ochenta kilómetros por hora, holgadamente. Y la perspectiva de esa velocidad en moto no le hizo ninguna gracia. ¡Demonios, a ciento ochenta por hora, con el cuerpo expuesto al frío de esa velocidad! En Aldea, bueno, pero allí…

—Y todo, por esa maldita vieja —masculló, emitiendo una gran cantidad de vapor.

—¿Qué dices? —le llegó la voz de uno de sus compañeros.

Dio media vuelta, regresando al lugar que habían elegido para vigilar la carretera.

—Digo que todo es por culpa de esa maldita vieja… ¿Por qué no llamamos por la radio? Quizá los otros la hayan visto pasar, y no hayan recordado que debían avisarnos…

—No digas tonterías. Si no nos han avisado es que la vieja no ha cruzado todavía la frontera por ningún otro punto.

—¿Y si la radio de la moto estuviese estropeada?

El otro soltó un bufido.

—Pues ve a echarle un vistazo. ¡Haz lo que quieras, pero cállate, m…!

—Lo que sí convendría —dijo el tercero— es poner en marcha unos minutos los motores… Estaría bueno que la vieja pasase por delante de nuestras narices y no pudiésemos poner las motos en marcha para… ¡Eh! ¡Otro coche!

El cielo estaba tan encapotado, tan negro de nubarrones henchidos del agua que era prácticamente de noche. En cuanto comenzase a llover, cosa que no podía tardar mucho en ocurrir, la visibilidad sería nula, en aquel cruce de carreteras secundarias, cerca de Lille, ya en Francia.

Pero, por el momento, aún se podía ver bien, de un modo aceptable.

Aunque el coche fuese negro, podían verlo perfectamente.

—Es un «Mercedes»… —susurró el disconforme.

—Atención a la matrícula.

El «Mercedes» negro pasó por la húmeda carretera a una velocidad que, teniendo en cuenta esta circunstancia, podía considerarse incluso imprudente. El poderoso y elegante motor dejó en los oídos un suave «zuuummmm» de funcionamiento perfecto, impecable, y el coche quedó de espaldas a ellos, en dirección que no parecía tener que ver gran cosa con París… La matrícula quedó visible.

—¡Es ése! ¡Ahí va la vieja!

Corrieron los tres hacia las motocicletas, saltaron sobre ellas y, contra los temores de uno de los sujetos, los motores respondieron inmediatamente.

—¡Hay que llamar por la radio para avisar…!

—¡Primero vamos a detener el coche!

Rebotando sobre el desigual terreno, las tres motocicletas llegaron a la carretera y partieron en pos del coche «Mercedes», que ya no se veía. En pocos segundos las máquinas alcanzaron los cien por hora, y el resultado no se hizo esperar: ante ellos, siempre manteniendo su buena marcha, apareció el «Mercedes».

Sosteniendo la velocidad de cien por hora fue alcanzado en pocos segundos, y rebasado enseguida por dos de los motoristas, mientras el tercero permanecía detrás.

Uno de los motoristas se colocó directamente delante del «Mercedes», y con el brazo derecho hizo señas de que el coche debía detenerse… La respuesta fue un exigente toque de claxon pidiendo paso, pero los dos motoristas que iban delante redujeron la velocidad, obligando al «Mercedes» a hacer lo mismo, mientras insistían en sus indicaciones de parada…

El que iba detrás vio encenderse las luces del freno y el coche comenzó a perder velocidad, hasta que, finalmente, siempre teniendo delante las otras dos motocicletas, tuvo que detenerse… Delante, los dos motoristas hicieron lo mismo, se apearon, bajaron el soporte de sus máquinas y caminaron hacia el coche, imitados por el tercero.

El primero en llegar junto al «Mercedes» abrió la portezuela con gesto seco, exclamando, en aceptable francés:

—¡Muy bien, vieja de, todos los…!

No dijo más. Se quedó estupefacto, igual que sus compañeros, inclinados junto a él para ver a la vieja que era la causante de que ellos llevasen allí un montón de horas de vigilancia, medio muertos de frío.

—¿Qué significa esto? —inquirió altivamente la rubia y bellísima muchacha que iba al volante—. ¿Que quieren ustedes?

Los tres hombres cambiaron una atónita mirada, y luego volvieron a contemplar a la muchacha, cuya belleza les tenía aún más aturdidos que el desconcierto. Sí, una joven rubia y bellísima, de grandiosos ojos verdes, boquita sonrosada, barbilla firme y delicada a la vez, con un hoyuelo vertical en el centro…

—¿Quién es usted? —masculló por fin uno de los sujetos.

—¿Y ustedes quiénes son? —preguntó ella a su vez, airada—. ¿Con qué derecho me detienen?

El motorista que había estacionado su máquina tras el coche fue

a mirar la matrícula de nuevo. Regresó con el ceño fruncido, amenazadora la expresión.

—La matrícula es ésta, desde luego —aseguró.

—¿Qué matrícula? —insistió la rubia—. ¿Qué buscan…?

—Cierre el pico, preciosa —gruñó el disconforme—. Y salga del coche.

—¡No tengo que sal…!

Una mano enorme, velluda, fortísima, la asió por las solapas del abrigo de color crema con forro negro, y la sacó del coche con violentísimo tirón. La muchacha abrió la boca para gritar, pero una seca bofetada se la cerró dolorosamente, y antes de que tuviese tiempo de reaccionar recibió otra, no menos violenta, en la otra mejilla. Luego se encontró con el rostro de aquel hombre casi pegado al suyo, mostrando los grandes dientes, expeliendo un denso olor a tabaco negro.

—Muñeca, nosotros no somos de los que se dedican a hacer bromas, así que ve con cuidado. ¿Dónde está la vieja?

—¿Qué… qué… qué vieja? —tartamudeó la muchacha.

—¡La que tenía que estar al volante de este coche! ¡Y no me digas que no sabes de qué te estoy hablando, porque…!

Alzó el puño, pero la rubia se apresuró a chillar:

—¡Me lo cambió, me lo cambió!… ¡La anciana aquélla me cambió el coche!…

—¿Que qué? —aulló el sujeto.

—¡Me lo cambió por el mío!

—¿Cómo que te cambió el coche? —se congestionó el rostro del disconforme—. ¿Acaso es un libro o un paraguas? ¡Te voy…!

—A lo peor —intervino otro— estamos perdiendo el tiempo con esta preciosidad, mientras la vieja realmente va por otro camino en otro coche.

—¡Por mil demonios que…! ¡Quiero que me expliques eso del cambio!

—Te digo que es perder el tiempo. Vigílala: yo voy a llamar por radio y vendrán quienes pueden llevar esto mejor qué nosotros. Así que tranquilízate, no te compliques la vida.

—Pe-pero ¿qué…, qué quieren ustedes, qué…?

—Será mejor que se calle, nena, créame, o Sinclair le va a dejar esa linda carita convertida en un buñuelo. Oye, Malvino, no me

pierdas de vista a Sinclair, que es muy bestia.

—No le perderé de vista… —rió el otro—. Descuida, Kon: la chavala no está para desperdiciarla con golpes. Maldita sea, ya empieza a llover… Vamos a meternos en el coche. No, ahí no, rica. Tú atrás, conmigo.

La empujó hacia el asiento de atrás, mientras Sinclair, siempre refunfuñando, pasaba a sentarse ante el volante. Vio el maletín rojo con florecillas azules, se lo puso sobre las rodillas y lo abrió…

—Qué calentito se está aquí dentro —oyó a Malvino—. Así es la vida: tú con un buen coche con calefacción, nena, y nosotros en motocicletas, helándonos por estas malditas carreteras… ¿No tienes calor? Quítate el abrigo, mujer…

—¡Aparte sus manos!

—Vamos, no seas tonta… Sólo quiero calentarlas un poco con tu cuerpo tan… mullido y confortable…

—¡Suélteme!

—Si te pones arisca va a ser peor, te lo advierto —oyó Sinclair el gruñido de Malvino—. Así que quítate el abrigo… Lo demás ya te lo iré quitando yo. ¡Maldita sea mi madre, qué maldito frío tengo!… ¿Te quitas el abrigo o te rompo la cabeza?

—Ya… ya me… me lo quito, sí…

Sinclair estaba mirando el contenido del maletín, con expresión decepcionada. No había allí nada interesante, al parecer. Lo cerró, y lo dejó en el asiento contiguo. Entonces vio el bastón con empuñadura de plata, lo tomó, parpadeó, y volvió a dejarlo… Detrás, oía el jadeo asustado, de la rubia y bella muchacha, y se volvió, sonriendo.

Ella ya se había quitado el abrigo y permanecía inmóvil mientras, Malvino, que ya había desabrochado la chaquetita de lana, metía la mano, daba un tirón y sacaba, rota, la prenda íntima superior de la muchacha, que subió las manos…

—Ooooh… —amplió su siniestra sonrisa Sinclair—. ¿A que va a resultar que ha valido la pena estar pasando frío?

—Quita las manitas de ahí, reina —rió Malvino—, o me las como a mordiscos. Queremos ver muchas cosas buenas.

—No… No, no, no… ¡Por favor, ustedes no tienen derecho a…!

—Te lo voy a decir —deslizó amablemente Malvino—. ¿Tú has oído hablar de unos tipos llamados mercenarios?

—¿Mer… mercenarios?

—Sí, preciosa. Ya sabes: esa gente que se alquila por dinero para hacer cosas por ahí, especialmente guerras estúpidas… ¿Has oído hablar de esa clase de tipos?

—Sí… Sí, si…:

—Bueno, pues nosotros somos mercenarios, ¿comprendes?

—No… no sé…

—Es tonta —rió Sinclair—. Pero está tremenda, Malvino. ¿Quieres que le diga que, si no nos enseña sus encantos, la vamos a degollar?

—Oh, sí… ¡Sí, Sinclair, díselo! —se alborozó Malvino.

—Nena: dice Malvino que te diga que, si no nos dejas verte bien, te vamos a degollar. ¿Comprendes? ¡Raaaaasss! —se pasó un dedo por la garganta, con seco gesto—. Es decir, que te cortaríamos la cabecita. Oye, Malvino, me parece que ya nos ha comprendido.

La muchacha se había quedado inmóvil, contemplando con ojos desorbitados a Sinclair… Tan inmóvil, tan aterrada, que no reaccionó ni siquiera cuando Malvino apartó sus manos, y la ropa desgarrada…

—¿Qué te parece? —jadeó Sinclair, mirando como fascinado—. Maldito sea mi padre, es la tía más bien hecha que…

La puerta de junto a Malvino se abrió, y la cabeza de Kon penetró en el coche. Abrió la boca, miró el descubierto busto de la muchacha, quedó estupefacto un instante y luego masculló:

—Ordenes serías sobre ella: no hay que tocarle ni un pelo, conque vosotros veréis lo que hacéis. Por lo demás, hay que sacar el coche de la carretera y esperar. Vendrán aquí.

—¿Y no podemos… jugar con esta muñeca? —protestó Malvino.

—Si yo fuese tú no lo haría… —aconsejó Kon—. Vamos a quitar las motos de ahí delante, y venimos por el coche. ¡Déjala ya, idiota! ¿Qué ganas con tanto manoseo? ¡Si estás metiendo la pata, luego lo vas a lamentar! ¡Venga, hay que quitar el coche de aquí!

—Está lloviendo —dijo Sinclair.

—¡Ya sé que está lloviendo!

* * *

Todavía llovía más intensamente y era ya completamente oscuro

cuando apareció el coche. Sus luces llegaron desde la carretera, y Kon, que estaba sentado al volante del «Mercedes», contestó a la señal. Luego se vieron las luces del otro coche, alzándose y bajando, mientras se acercaba rodando lentamente sobre el fango… Un coche oscuro, matrícula de París.

Se detuvo muy cerca del «Mercedes», las luces se apagaron. La oscuridad fue total. En el techo, del coche, la lluvia repiqueteaba fuertemente, como un trueno celestial inacabable…

Una puerta del coche recién llegado se abrió, de modo que la luz interior se encendió, y quedó visible un hombre robusto, de cuello de toro y cabellos muy cortos. La portezuela se cerró y dejó de verse. Segundos después se abría la derecha trasera del «Mercedes» y el hombre robusto entró, sentándose junto a la rubia prisionera, que quedó entre el recién llegado y Kon, mientras que en el asiento delantero estaban Sinclair y Malvino, que parecían un poco intimidados, igual que Kon, por la presencia del desconocido. Éste y la rubia se estaban contemplando con idéntico interés a la luz del interior del coche, encendida por el sujeto tras cerrar la portezuela. Ella parecía asustada, y se apretaba el abrigo contra el cuerpo, mientras sus ojos, tan grandes, tan verdes, expresaban un claro temor hacia el hombre de cuello de toro y cabellos cortados a cepillo. Era un hombre que parecía de roca, empezando por los rígidos, cabellos y terminando por sus manos, grandes, feas, cuadradas. Debía tener alrededor de cincuenta años… Cincuenta años de vida que habían dejado en su rostro una mueca dura, fría, hostil.

—¿La habéis maltratado? —preguntó de pronto, en francés.

—No… —se apresuró a decir Kon—. No, mi coronel.

El coronel apretó los labios aún más, apartó el abrigo de la rubia y vio la ropa rasgada. Miró uno a uno a los tres mercenarios, y de nuevo a la muchacha.

—¿La han maltratado?

—No… —tembló la voz de ella—. No, no.

—¿Está segura?

—Claro, sí… No me han maltratado, no… Pero yo quisiera saber… qué significa esto y…

—Y yo quisiera saber quién es usted, para que las órdenes de tratarla con exquisitez hayan sido tan tajantes. Debe ser alguien

muy importante, ¿verdad?

—¿Quién? —se sorprendió la rubia—. ¿Yo?

—Está bien, no es cosa mía. Supongo que os habéis asegurado de que no lleva armas —miró a Kon.

—Pues… no. No lleva, mi coronel.

Éste vaciló, movió la cabeza y acercó sus manos al bello cuerpo femenino.

—Discúlpeme —farfulló—, pero no puedo arriesgarme a un fallo por parte de mis soldados, señorita. Lo siento.

Parecía en verdad molesto por tener que tocarla, pero no se anduvo con miramientos, registrando a con ciencia a la muchacha, que permaneció inmóvil, rígida, mientras aquellas feas manos grandotas y cuadradas la iban recorriendo expertamente.

—De acuerdo —susurró el coronel—. Ahora vamos a seguir el viaje, en dirección a París. Tú mismo vas a conducir el «Mercedes», Sinclair. Colócate detrás de mí, y eso es todo.

—Pero las motos…

—Ya enviaremos a recogerlas —miró su reloj de pulsera y entornó los ojos, calculando—. Tenemos que recorrer casi doscientos kilómetros hasta llegar a nuestro destino. Muchos kilómetros son, de modo que mantened los ojos bien abiertos: no olvidéis que viajáis en un coche que están buscando los rusos —miró a la muchacha como sorprendido de pronto—. ¿Cómo ha podido usted salir de Holanda, cruzar Bélgica…?

—¿Yo? ¡Pero si yo…!

—Está bien, está, bien, no me distrae en absoluto escuchar mentiras… Y además, mi curiosidad quedará satisfecha dentro de tres o cuatro horas. Mientras tanto, le sugiero a usted que no dé motivos para que mis hombres se enfaden. Sólo tiene que permanecer callada y quieta, y todo irá bien. ¿Hacemos el trato?

—Sí… Sí, señor, sí…

—Coronel —frunció el ceño el sujeto—. Coronel Aquiles Lombadie, para servirla.

Salió bruscamente del coche, regresó al suyo y encendió las luces.

Dentro del «Mercedes», los tres mercenarios miraban a la rubia, entre desconcertados, agradecidos e irritados.

—Parece que no es usted una chivata, ¿eh? —masculló Malvino.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó ella.

—¿Y a mí qué demonios me cuenta? Yo soy un soldado, no un coronel. Bueno, vamos tras él…

Capítulo VII

Debían, ser cerca de las ocho de la noche cuando el coche conducido por el coronel Lombadie salió de la carretera, después de haber dejado atrás Beauvais, a poco más de setenta kilómetros de París.

Durante un par de minutos siguieron por un camino de tierra, es decir, de barro, pues seguía lloviendo torrencialmente, lo que había ocasionado una velocidad media muy baja en la marcha de los dos coches en su viaje siempre hacia el sur. Un trayecto que, se podía haber cubierto en poco más de dos horas había requerido casi cuatro horas.

Pero, por fin, los dos coches se detuvieron, uno tras otro, delante de un pequeño chalet junto al cual se veían otros dos coches. Había luz en las ventanas del frente, y desde el «Mercedes», sus cuatro ocupantes pudieron ver, gracias a ellas, al robusto coronel Lombadie, apeándose y corriendo hacia el porche. Allí se volvió, e hizo señas que fueron interpretadas exactamente.

—Nos llama —dijo Kon—. Vamos allá.

—Puerca y aburrida vida —farfulló Sinclair.

—Algún día —le miró ceñudamente Kon— dejarás de protestar por todo, supongo.

El coronel había llamado a la puerta del chalet, y cuando la rubia y los tres mercenarios llegaron allá, permanecía abierta. Nada más entrar, vieron a un negro alto y esbelto, vestido muy correctamente a la europea, que les miró con una inexpresividad que casi resultaba molesta. Excepto a la rubia, que pareció despertar su curiosidad y casi su interés.

La puerta fue cerrada tras ellos por el negro, mientras los cuatro miraban al coronel, que estaba hablando en el centro del saloncito con otro negro, aún más alto, atlético, atractivo, de cortísimos cabellos muy rizados, que dirigió una mirada un tanto perpleja a la

muchacha rubia, pero sin dejar de atender al coronel. Con el negro, formaban parte del auditorio del coronel ni más ni menos que Helmutt Haarst y Anatol Kuryakin. Hilda Haarst, que estaba sentada en el sofá, había clavado su mirada en la rubia, entre sorprendida y agresiva.

En definitiva, el menos sorprendido allí parecía Anatol Kuryakin, cuya expresión en honor de la recién llegada rubia era de complacencia, y hasta un poco divertida. Sin la menor duda, era el que parecía tomarse las cosas con mayor sentido filosófico, quizá porque profesionalmente era mucho menos impresionable que los demás.

Escuchó muy cortésmente a Aquiles Lombadie. Luego asintió con la cabeza y caminó al encuentro de los mercenarios y la joven y hermosa rubia. La miró atentamente, sonrió y luego miró a los mercenarios.

—Vayan a ver si hay un baúl en el portaequipajes del «Mercedes» —dijo.

Sinclair abrió la boca, mientras su cerebro elaboraba ya una frase más o menos sarcástica respecto al diluvio que tenían afuera; pero Kon le asió de un brazo y Malvino le empujó. Salieron los tres.

Anatol Kuryakin sacó un paquete de cigarrillos y lo ofreció a la rubia.

—¿Un cigarrillo, Baby? —sonrió.

—Sí, gracias —sonrió también ella.

—Parece que no ha tenido usted grandes dificultades.

—Ninguna que no pudiese solucionar de modo inteligente y pacífico… Gracias, Anatol.

Aceptó la llama del encendedor del ruso, que encendió otro cigarrillo para sí, y volvió a sonreír.

—Pero no pretenda hacerme creer —dijo, frunciendo el ceño— que no ha tenido aunque sólo sea un pequeño tropiezo con mis camaradas de la MVD…

—Oh, sí. Pero sólo fue eso: un pequeño tropiezo. De todos modos lo tenía todo previsto y las cosas se resolvieron según mis cálculos. Comprenderá usted que no iba a fallar en una cosa tan sencilla como traer un baúl desde Holanda a Francia…

—Admirable… —rió Kuryakin, por fin—. ¡Absolutamente admirable! ¿Alguna muerte?

—No, no… ¡Claro que no! Las evito siempre que puedo.

—Todavía más admirable. Aunque no sé… Realmente, ¿qué es lo admirable? ¿Traer un baúl o rejuvenecer cuarenta años en un par de días? Por todas las Rusias… ¿Cómo consigue usted esos cambios de personalidad física?

—Cuestión de práctica.

—Me gustaría —Anatol Kuryakin reflexionó unos segundos muy profundamente—. Sí, me gustaría saber qué tiene usted en la cabeza… Dentro de la cabeza, quiero decir. ¿De verdad es sólo un cerebro humano… normal y corriente?

—Por favor —se escandalizó graciosamente la rubia—. ¡Mi cerebro no tiene nada de normal y corriente, Anatol! ¿Y sabe por qué?

En aquel momento regresaron los mercenarios, y Kon dijo:

—Sí, señor: hay un baúl en el portaequipajes.

El espía soviético se llevó las manos a la cabeza, en cómico gesto de admiración, de incredulidad. Luego estuvo unos segundos mirando el techo, sonriendo, moviendo la cabeza con el gesto de quien no entiende nada de nada. Y de pronto miró a Baby y preguntó:

—¿Por qué?

—Porque soy una espía, Anatol. Y una espía no cree nunca todo lo que otras personas le dicen.

Kuryakin frunció el ceño, puso cara de pensar, señaló a Baby y dijo:

—Llévenla afuera y, mátenla. Pero no estropeen su rostro.

Nadie se movió. Helmutt y Hilda Haarst miraban con expresión sarcástica a la espía internacional. El negro alto y atractivo, de cortísimos cabellos muy rizados, pareció no haber oído, pero sus ojos, muy grandes, inteligentes, parecían querer adivinar lo que pensaba la mujer recién sentenciada a muerte. El otro negro se había limitado a abrir la boca, en gesto de pasmo coronel Lombadie se estaba mirando las uñas. Y los tres empapados mercenarios no parecían haber oído bien.

—¿Matarla? —preguntó por fin Kon.

—Sí —asintió Kuryakin—. ¿No saben cómo hacerlo?

—Claro que sabemos —farfullo Sinclair—. Pero después de haberla tratado con guante blanco, no comprendemos ahora eso de

matarla así, fríamente.

—Es una simple ejecución —dijo Aquiles Lombadie, sin dejar de mirarse las uñas—: cumplan la orden, soldados.

—Bueno —empezó a sugerir Malvino—, yo creo…

—Cumpliremos la orden, mi coronel… —dijo Kon—. Usted, señorita: salga.

—Preferiría no mojarme… —sonrió ella, y miró al atractivo negro de los cabellos tan rizados—. ¿Señor Namaro? ¿Ongo Namaro, vicepresidente de Kezania?

—Sí —admitió el negro.

—¿Está usted de acuerdo con esta ejecución?

—Me temo que sí —sonrió Namaro.

—Ya. Bueno, espero que su presidente no se disguste mucho con usted, cuando regrese a Kezania sin los diamantes.

Todas las miradas cayeron sobre Baby, que sonrió angelicalmente y, tras dirigir una burlona mirada a Lombadie, comenzó a mirarse con gran atención sus uñitas. Anatol Kuryakin, que había palidecido, adelantó un paso hacia ella, amenazadoramente.

—¿Qué está tratando de decir? —susurró.

—Le sugiero, querido Anatol, que eche una mirada a ese baúl.

El ruso tragó saliva. Luego hizo una seña a los mercenarios, que dieron media vuelta y volvieron a salir de la casa. Regresaron con el baúl, que depositaron a los pies de Ongo Namaro. Anatol quitó duramente las llaves del «Mercedes» a Kon, abrió el baúl… y su mirada, sombría, pareció deslizarse hacia Baby, que dejó de mirarse las uñas y sonrió de nuevo.

—¿Se da cuenta? Verdaderos diamantes, Anatol… Yo diría más: brillantes, joyas inapreciables, lo mejor del mundo; lo que más necesitan los hombres… Libros. ¿No es un libro mejor que el mejor de los diamantes?

Helmutt Haarst, que parecía hipnotizado mirando los libros que llenaban el baúl, lanzó un alarido y se abalanzó hacia Baby, asiéndola rudamente por las ropas.

—¡Mis diamantes! —gritó—. ¿Dónde están mis diamantes?

—Están tan lejos de usted como lejos de mí esté mi vida, señor Haarst.

—¿Qué…, qué… qué…?

—Quiere decir —intervino Kuryakin— que, si la matamos, jamás tendremos los diamantes. Es evidente que los ha dejado en alguna parte del camino.

—¡Se los ha dejado a la CIA! —aulló Haarst—. ¡Lo sabía, sabía que ella…!

—No diga tonterías —masculló Anatol—. Si Baby hubiese entregado los diamantes a la CIA, no habría venido a ponerse en nuestras manos. Simplemente, los ha escondido en alguna parte. ¿No es así, Baby?

—Alabada sea por siempre su inteligencia, camarada Kuryakin —dijo la divina espía.

—Está bien… Supongo que tendremos que hacer un trato.

—Psé… ¿Lo cree necesario?

—Podemos matarla.

—¿A cambio de perder un montón de millones de dólares en diamantes? —abrió mucho los ojos Baby—. ¡Qué tontería, querido! ¿De qué les serviría mi cadáver?

—Quiero aclarar una cosa —intervino Ongo Namaro—: ¿podemos o no podemos disponer de los diamantes, Kuryakin?

—¡Claro que podremos disponer de ellos, en cuanto Baby nos diga dónde están!

—¿A cambio de qué? —preguntó la espía.

—No sé si realmente tiene la sangre fría que está demostrando, o está loca —susurró Kuryakin—. Imagino que va a pedirnos su vida a cambio de los diamantes.

—Y cinco millones de dólares para mí. Digamos que son… gastos de decepción, camarada Kuryakin. Cada vez que me llevo un disgusto de esta categoría, necesito algo que me lo haga olvidar… Cinco millones estará bien.

—¡No pienso darle…! —empezó a gritar Helmutt Haarst.

—Se los daremos —cortó Kuryakin—. ¿Los ha dejado escondidos en Francia, en Bélgica, o en…?

—En Francia, apenas cruzar la frontera. Podemos ir por ellos con toda tranquilidad.

—¿La ayudó alguien a vaciar el baúl? ¿Sabe alguien más dónde escondió los diamantes?

—No. Nadie más que yo sabe dónde están.

—De acuerdo: su vida por los diamantes.

—Y cinco millones —recordó Baby.

—¿En diamantes?

—¿Por qué no? Cuando los escondí, me permití separar ya una parte de ellos, que me llevaré cuando nos separemos.

—Está bien, vamos a buscarlos ahora mismo.

—Me parece acertado, Anatol…, pero se harán las cosas a mi manera —sonrió—, como siempre.

—Haga su propuesta —gruñó el ruso.

—Naturalmente, ya no puedo confiar en usted, así que… he pensado lo siguiente: iremos adonde están los diamantes, tomaré mi parte y el «Mercedes» y me iré, dejándoles a ustedes con el resto de los diamantes.

—Me parece lógico —asintió Kuryakin, desconcertado.

—He omitido un pequeño detalle, dejándolo para el final porque quiero que quede bien claro, sin mezclarse con otras explicaciones o condiciones: cuando vayamos adonde están los diamantes, tanto usted como yo iremos desarmados, y solos.

—Entiendo —sonrió Kuryakin—. ¿Y no teme que yo la ataque, aunque no tenga armas?

La rubia de los ojos verdes sonrió gélidamente.

—Sería una experiencia muy interesante… para usted.

—Vaya… Eso es casi un desafío, ¿no le parece?

—Si lo desea, puede aceptarlo.

El ruso movió la cabeza maravillado.

—Con usted se va de asombro en asombro; Baby. Aunque ya supongo que enfrentarse a usted con las manos desnudas debe ser en verdad toda una experiencia: nadie sobrevive en nuestra profesión tantos años por casualidad, ¿verdad?

—Me parece que no.

—Bien… De acuerdo. Todo entendido. Mmm… Bueno, hay un detalle: supongo que, puesto que usted piensa marchase con el «Mercedes», no tendrá inconveniente en que detrás de nosotros venga el otro coche, con los hombres del coronel.

—Ninguno: el «Mercedes» es más veloz.

—Veo que lo tiene todo previsto…

—Todo. Desde el primer momento. Aunque habría preferido que usted jugase limpio conmigo, Anatol.

—Aquí nadie juega limpio —sonrió el ruso—. Nosotros…

—¿Por qué no se calla? —mascullό Helmutt Haarst.
—¿Qué más da? —Encogió los hombros Kuryakin—. Puesto que la vamos a dejar marchar, ella se enterará tarde o temprano de lo que nosotros pensamos conseguir con esos diamantes.
—Eso ya me lo dijeron, ¿no? —murmuró Baby.
—Kuryakin tiene razón —sonrió Ongo Namaro, acercándose más a Baby—. Usted se enterará tarde o temprano, así que…
—Cuanto más tarde en saberlo, mejor —insistió Helmutt—. No olvidemos que ella trabaja para la CIA y que les informaría de nuestros proyectos. Y eso podría ocasionarnos contratiempos.
—Es verdad —admitió Namaro, siempre sonriente—. Creo que es mejor que regresemos a París, cada uno en nuestro coche, Haarst. Pero antes, a fin de evitarnos contactos por teléfono, quisiera cambiar unas impresiones con usted… Con usted también, coronel, pues irá con Kuryakin, y en París no debemos, relacionarnos en modo alguno… ¿Le interesan asuntos políticos, Kuryakin?
—La verdad es que no. Pero si cree que debo:…
—No, no. Vigile a esta mujer.
Kuryakin alzó las cejas, divertido, y miró a Baby, la cual estaba mirando a Ongo Namaro, Helmutt Haarst y al coronel Lombadie, que se habían alejado unos pasos y estaban cuchicheando. La espía internacional permaneció impasible, fijos sus ojos en los labios del coronel y de Namaro; Haarst estaba de espaldas a ella, así que no podía verle.
La pequeña conferencia duró cinco o seis minutos. Luego, sin más, Ongo Namaro y el negro que le acompañaba salieron del chalet y a los pocos segundos se oyó el zumbido del motor de un coche, alejándose. Aquiles Lombadie se acercó a Kuryakin, para conversar con él, también en voz baja.
Helmutt Haarst se acercó a su hija, y habló en holandés:
—Vámonos, Hilda. Anatol se reunirá…
—Yo quiero ir con él, padre.
—¿Para qué? No tienes necesidad de molestarte, hija.
—Quiero estar con Anatol. Ya nos veremos en París.
Helmutt Haarst vaciló. Baby no había entendido la breve conversación, pero la adivinó cuando vio el gesto de asentimiento de Haarst, mientras se dirigía hacia la puerta.
—Está bien… Tened cuidado: es muy posible que los rusos

hayan organizado su vigilancia también en Francia.

—No te preocupes —sonrió la muchacha.

Haarst se acercó a Kuryakin y Lombadie, les musitó unas palabras y ellos asintieron. Poco después, se oía el zumbido de otro motor, alejándose… Helmutt Haarst también regresaba a París…

—Bueno —dijo Kuryakin—, estamos listos, Baby. ¿Y usted?

—Cuando gusten —murmuró ella.

—Espero que no le moleste el dispositivo que hemos adoptado para esto: usted, Hilda, el coronel y yo iremos en el «Mercedes», y los tres hombres del coronel nos seguirán en el otro coche. ¿Le parece bien?

—Si finalmente usted y yo nos separamos de todos, desarmados, yendo hacia los diamantes con el «Mercedes», sí.

—Pues no hay más que hablar. Vamos.

Capítulo VIII

El coronel Lombadie conducía. Baby iba a su lado, y Kuryakin e Hilda iban en el asiento de atrás. A poca distancia, les seguía el coche ocupado por los tres mercenarios, del cual sólo se distinguían los puntos de luz de sus faros, entre la densa lluvia. Y apenas habían recorrido cuatro o cinco kilómetros cuando Baby se volvió para mirar a Kuryakin, del que apenas distinguía el brillo de los ojos.

—Anatol —murmuró en ruso—: ¿hablan el ruso su amada o el coronel?

—No.

—¿Está seguro?

—Sí, claro… ¿Por qué?

—Mire, yo no soy una principiante, ya lo sabe, ¿verdad? Sé que me tienen preparada alguna sucia jugada, pero espero salir con bien de ella: estoy muy acostumbrada a estas pequeñas porquerías, a trucos de poca calidad…

—Hemos hecho un trato que…

—No diga tonterías. Ni usted ni yo somos unos ingenuos. Así que ya veremos quién gana el último asalto. Pero estoy pensando que podríamos ganarlo los dos juntos.

—¿Los dos juntos? ¿Usted y yo? ¿Qué quiere decir?

—No respingue ni se altere cuando oiga lo que voy a decirle… ¿Está listo?

—Sí, sí.

—Le quieren matar.

Desde luego, Anatol Kuryakin no respingó ni se altero. Todo lo contrario, se quedó inmóvil, silencioso, demorando demasiado su reacción.

—¿A quién quieren matar? —susurró por fin—. ¿A mí?

—Desde luego.

—¿Quiénes?

—Vamos, Anatol —refunfuñó Baby—. ¿Quiénes han de ser? Sus amigos, naturalmente. Es decir, los que usted considera sus… amigos. No mencione nombres, pues su amada podría comprender algo. Me refiero, claro está, al padre de ella, al vicepresidente y al coronel.

—¿Qué es lo que pretende usted? ¿Cree que voy a caer en una trampa tan burda?

—Ellos tres estuvieron hablando en inglés, alejados de nosotros, supongo que recuerda esto… Hace tiempo que aprendí a leer las palabras en el movimiento de los labios y, por suerte, han hablado en inglés, que lógicamente es el idioma que mejor domino: he leído claramente en sus labios la sentencia de muerte contra usted. Ya no le necesitarán, cuando tengan los diamantes.

—Es una puerca mentira que…

—¿Por qué habría de mentirle? Yo tengo mis propios planes para escapar de ustedes, ¿no es así? Porque si piensa usted vencerme sin armas, le aconsejo que lo piense muy bien antes de atacarme; de verdad, Anatol, rechace cualquier idea agresiva hacia mí, si no consigue llevar un arma sin que yo me dé cuenta… Cosa que me parece poco probable. Así pues, yo tengo mi salvación asegurada. ¿Qué gano, entonces, advirtiéndole a usted? Nada en mi beneficio, eso está bien claro.

—¿Y sí en mi beneficio?

—Evidentemente.

—¿Por qué? ¿Por qué me ayudaría usted a mí?

—Usted es un espía, como yo. Ellos no son nada.

—Está… está mintiendo.

—Como quiera.

Baby volvió a colocarse bien en su asiento, dando por finalizada la conversación. Oyó a Hilda Haarst preguntándole algo al ruso, en holandés, y sus músculos se tensaron… ¿Le iba a decir Kuryakin lo que acababan de hablar? Desde luego, era una mentira, pero no era ella quien había comenzado el juego sucio. Cada cual tenía sus propios recursos, y ella estaba intentando engañar a Kuryakin. Así de sencillo. Si lo conseguía, terminaría aquel asunto del único modo que a ella le gustaba.

Kuryakin e Hilda habían dejado de hablar, y, por la actitud de la muchacha, Baby comprendió que el ruso no le había dicho nada

sobre la conversación con ella…

—¿Por qué he de creerla? —preguntóle de pronto Kuryakin, desde luego en ruso.

—No tengo ganas de discutir —dijo Baby, sin volverse, fingiendo magníficamente su indiferencia—. Ya le digo que allá usted.

—Dígame un solo motivo por el que deba creerla a usted —insistió Kuryakin.

Baby se volvió de nuevo.

—De acuerdo, se lo voy a decir. Esos brillantes no son para mejorar la economía de Kezania, ¿verdad?

—¿Qué le hace pensar eso?

—Escuche, si va a seguir tratándome como una pobre idiota…

—Está bien. No, no son para eso. Pero ya que es tan lista, dígame para qué cree usted que son.

—Para nada bueno. Le aseguro que he conocido a mucha gente de la catadura política de Ongo Namaro. Sólo he necesitado mirarle unos segundos para catalogarle: no me sorprendería nada que estuviese traicionando al presidente Tamogo. Le enviaron aquí para recoger los diamantes y llevarlos a Kezania, pero sin duda él tiene sus propios planes. Dígame: ¿piensa Ongo Namaro invertir esos diamantes en financiar una revuelta que le coloque a él en la presidencia?

—Es usted demasiado lista para mí… —jadeó Kuryakin—. ¡No quiero escucharla más!

—Es usted un pobre diablo, en el fondo, Anatol. Usted ha estado ayudando a esta gente y ahora, cuando van a dejar de necesitarle, el coronel le meterá a usted una bala en la nuca… Es así como han convenido eliminarle.

—Mentira… ¡Mentira!

Por supuesto que era mentira, pero Baby continuó sembrando la semilla de la discordia.

—Pobre Anatol —sonrió amistosamente—. ¿De verdad es usted un espía profesional? ¿De verdad no puede creer lo que le estoy diciendo? Bueno, pues recapacite. Y si decide salvar su vida, no dude que puedo ayudarle… Entiéndalo bien, Anatol: o escapa usted conmigo, o morirá en cuanto ponga los diamantes en manos del coronel.

—No es cierto… No… ¿Lo sabe ella?

—¿Su amada? Sí. Son planes de Namaro y su padre, ¿no? Por eso ella ha querido venir: para verle muerto, supongo. Quizá… ella no le ame como usted la ama a ella, Anatol. ¿No se da cuenta, de verdad? ¿No comprende que ha sido utilizado? Usted se acercó a ellos para utilizarlos, ha sido al revés: han sido ellos los que le han convertido a usted en un traidor… ¿O no fue así?

Baby tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzar una exclamación de alegría al comprender que había dirigido a la perfección su mentira.

—Pues ¿qué? —murmuró.

—Bueno, fue una… alianza mutua.

—Posible. Pero… ¿quién dio el primer paso? Ella le ha entregado su… amor, Anatol. Y cuando una mujer entrega esa clase de amor a un hombre al que realmente no ama, acaba odiándolo más que a nada en el mundo. Dígame: ¿usted y ella se han… amado completamente? Ya me entiende.

—Sí… Sí, nos hemos amado físicamente hasta la última consecuencia.

—Pues ahí tiene. Le compadezco, Anatol.

—Usted… usted es una serpiente venenosa, una… una maldita víbora… ¡Está mintiendo!

—Muy bien, estoy mintiendo: Pero, sólo por curiosidad, sigamos conversando sobre esto, ¿qué es lo que pretende exactamente Ongo Namaro con los diamantes? Inicialmente, sin duda, comprar armas… ¿Cierto? Sin duda, las tiene ya preparadas en algún lugar, y sólo tiene que conseguir los diamantes, ir allá, pagar las armas, y repartirlas entre los revolucionarios que le siguen: un golpe de Estado en Kezania; y tendremos nuevo presidente. De acuerdo. ¿Qué le han ofrecido a usted?

—Nada concreto. De momento, me quedaría allí, con Hilda, y ya buscaríamos un puesto que…

—¿Un puesto para un espía ruso que ha traicionado a la MVD? Este es un formidable chiste, Anatol. Pero hombre, ¿no comprende que usted sólo va a ser un estorbo cuando todo termine? Además, la MVD irá por usted adonde sea… ¿Por qué va a complicarse la vida Ongo Namaro? Lo mata antes, usted desaparece, y ya está. Con los Haarst es diferente. A él, en efecto, le darán un buen cargo, posiblemente incluso montarán esa industria para la talla de

diamantes en el propio país: quizá lo hagan ministro, o algo parecido… ¿Por qué no? Pero ¿un espía ruso perseguido por la MVD? Bueno, le felicito por ser tan cándido, Anatol. Pero no lo dude: Ongo Namaro ha ordenado que le asesinen.

—Ongo Namaro no es quien dirige esto.

—¿No? Bueno, ¿quién lo dirige?

—El padre de… de ella, de… de mi amada.

—¿De veras? ¿Por qué no me explica eso? Quizá todavía pueda usted convencerme a mí de que sus amigos juegan limpio. ¿Por qué no lo intenta? Veamos: ¿su presunto futuro suegro ideó todo esto, o fue Namaro?

—No… Fue él, el padre de mi… amada. Cuando recibió los diamantes en bruto comenzó a concebir la idea. Luego, se puso en contacto con Ongo Namaro, y le propuso el plan: una vez tallados los diamantes, podían utilizarlos en beneficio de ellos… Mientras los diamantes eran tallados, Ongo Namaro fue preparando su parte en el asunto, buscó un país que estuviera dispuesto a venderle armas clandestinamente, y lo encontró. Como usted ha dicho, sólo están esperando cobrar para entregarlas, en la costa sur de Kezania…

—Resulta que no soy tonta del todo, ¿no le parece? Dígame: ¿quién contrató a los mercenarios?

—Namaro…

—Oh.

—Necesitaba mandos para… para sus hombres…

—Claro. En definitiva, los mercenarios están a las órdenes de Ongo Namaro.

—Sí… Sí.

—Pues ya tiene algo más concreto en qué pensar, Anatol. Pero sigamos: ¿cómo ocurrieron las cosas entre usted y ellos?

—Ya se lo dije. La MVD me envió a sonsacarla a ella, y… Bueno, ya sabe toda esa parte. Intimamos… completamente. Y un día, cuando faltaba poco para que los diamantes estuviesen listos para ser transportados, él me habló. Me dijo que sospechaba que yo era un agente soviético que estaba vigilando los diamantes para impedir que llegasen a Kezania, con el fin de que Rusia pudiese… mostrarse amistosa con ese país. Intenté negarlo, pero fue inútil… Él me propuso ponerme de su parte, empezar una nueva vida con su hija

en Kezania… Me negué, no sabía qué hacer. Y a los pocos días me enteré de que mi Directorio estaba organizando el robo de ésos diamantes, y que ella… debía morir. Y entonces… me di cuenta de que la amaba… de verdad.

—Lo siento por usted, Anatol —murmuró Baby—. De verdad. Pero tiene que comprenderlo, ellos son muy listos, el padre es el auténtico cerebro, el artífice de esta revolución que están preparando en Kezania… Es, el hombre inteligente, el que estará detrás de Ongo Namaro, gobernando todo un pequeño imperio de diamantes… A costa de muchas vidas, naturalmente. Muchísimas. ¿Y cree que va a respetar la de usted, un agente soviético al que, simplemente, él y su hija han estado utilizando en su beneficio, para engañar a la MVD? De verdad, le compadezco. Es usted como un niño… ¡Pero hombre, si hasta tuvo la genial idea de utilizar a Baby…! ¡Usted es un insensato!

—No del todo, usted sacó los diamantes de Holanda, ¿no?

—Sí —sonrió Baby—. Eso sí. Santo cielo, es usted de verdad un insensato, Anatol, recurre a Baby, confía en unas personas que lógicamente sólo pueden desear su desaparición… ¿He dicho que le compadezco? ¡Pues nada de eso, le admiro! En fin, es usted quien debe tomar decisiones.

Por fin, de nuevo, la voz de Kuryakin… La semilla de la discordia sembrada por Baby iba creciendo.

—¿Y cómo me ayudaría usted? —preguntó de pronto.

—Lo más razonable —dijo ella, sin volverse ahora— sería que usted matase al coronel, y que nos diésemos a la fuga, pero eso tiene algunos inconvenientes, tales como la velocidad bajo la lluvia, y que Ongo Namaro se enteraría en seguida de lo sucedido, y entonces, a sus compañeros de la MVD habría que sumar unos cuantos mercenarios buscándolo… En cambio, si eliminamos a la vez al coronel y a sus tres… soldados, podemos marcharnos tranquilamente con los diamantes. Y con mucho tiempo de ventaja por delante, Anatol.

—Los soldados son tres… ¿Cómo podríamos…?

—Puedo encargarme de ellos en un segundo.

—¿Cómo?

—O se lo demuestro, o lo ignorará siempre, Anatol. Bien, ¿qué hacemos?

—No sé… ¡No lo sé!

—¿Por qué vacila? El coronel no es más que un sujeto que ha tomado por profesión la de matar, sea a quien sea, con fusil o con cañones, tanto él como los tres sujetos que vienen detrás, no valen nada… Nada. Son alimañas… Para mí será un placer matar a los tres que vienen detrás. ¿No se atreve usted con el coronel? ¿Qué le pasa, Anatol? Observo un brillo en sus facciones que parece sudor. ¿Cree que la calefacción del coche está demasiado alta?

—Usted… usted hace y dice las cosas de un modo…

—Son sólo cuatro hombres que se dedican a matar cuando se lo mandan. ¿Qué me importan a mí esta clase de… personas? Los mataría con toda indiferencia, Anatol. Y seguramente, matándolos a ellos ahorraré vidas mejores. Por ejemplo, la de usted mismo… ¿O no es mejor su vida que la de cuatro mercenarios, Anatol?

—Está bien… ¡Sí, está bien vamos a hacerlo…!

—Ah, ¿ya me cree?

—No… No del todo, pero… pero en la duda…, ¡que sean ellos quienes mueran!

—Razonable decisión. Deme mi maletín, y si el coronel intenta impedirme lo que quiero hacer, dígale que es usted quien me ha ordenado que lo haga, que nuestra conversación ha versado sobre eso. Cuando yo le diga adelante, dígale al coronel que pare el coche completamente, métale una bala en la nuca, y no se preocupe por nada más. ¿Está claro?

—Sí. Pero recuerde que tendré una pistola en la mano.

—No sea estúpido —refunfuñó Baby—. Mi maletín.

Anatol Kuryakin sostuvo una breve discusión con Hilda Haarst, pues ésta había decidido «heredar» el simpático maletín rojo con florecillas azules, pero el ruso la convenció. Baby recibió el maletín, lo colocó sobre sus rodillas, lo abrió, y sacó el trípode de tubos de aluminio, que ensambló formando un solo tubo. Luego, desmontó la empuñadura del secador de cabello, y la encajó en un extremo del tubo: Finalmente, indiferente a las espaciadas miradas curiosas del muy discreto y silencioso coronel Lombadie, sacó dos cápsulas del doble fondo de un tarro de crema facial, y volvió un poco la cabeza.

—Adelante —dijo.

La voz de Anatol Kuryakin sonó tensa, ronca:

—Pare, coronel —dijo en inglés—. Pare un momento.

—¿Qué ocurre? —se sorprendió el mercenario.

—Detenga el coche, por favor.

—Muy bien.

Aquiles Lombadie obedeció, imperturbable. Naturalmente, había comprendido ya que la espía americana y el ruso estaban gestionando algo entre ellos, pero de ninguna manera podía pensar que ese «algo» era una bala en su cabeza.

Detuvo el coche, comenzó a volverse…

Plop.

Lombadie salió impulsado hacia delante, con un pequeño agujero en su nuca de toro y un feo boquete en la garganta, mostrando la salida de la bala, que se hundió en el salpicadero, sin más consecuencias.

En el asiento de atrás, Hilda Haarst lanzó un grito de sorpresa y de espanto.

Mientras tanto, Baby deslizó una de las cápsulas por el extremo del tubo-fusil, abrió la portezuela, y salió del coche, indiferente a la espesa lluvia que la empapó en los tres segundos escasos que permaneció afuera… El tiempo justo de volverse hacia el coche que llegaba tras ellos, apuntar con el tubo-fusil entre los dos discos de luz, y apretar el disparador de su utilísimo artefacto.

En el asiento de atrás, Anatol Kuryakin, que sujetaba a Hilda fuertemente, tenía la cabeza vuelta hacia el coche donde viajaban los tres mercenarios… Bajo la lluvia, lo vio convertirse en una llamarada de vivos colores, saltar por el aire girando, deformado, envuelto en los diminutos trozos en que se convirtieron sus cristales, que por un instante le recordaron una lluvia de diamantes.

Cuando dejó de mirar los ardientes restos del otro coche, Baby ya estaba sentada ante el volante del «Mercedes», y el coche rodaba de nuevo bajo la lluvia… ¿Y el coronel…? ¿Dónde estaba el coronel? Se adelantó, rígido, para mirar el asiento delantero, y lo vio vacío…

—¿Para qué lo queríamos en el coche? —dijo Baby—. Lo he tirado a la cuneta.

El agente soviético se dejó caer de nuevo en su asiento, se derrumbó más bien…, pero tuvo que reaccionar en seguida, para sujetar a Hilda Haarst, que había comenzado a gritar y parecía dispuesta a abalanzarse contra la rubia conductora de los ojos

verdes.

—Dele un golpe con la pistola —dijo Baby—, o nos va a complicar la vida.

Kuryakin alzó la pistola, como un robot obediente, pero se quedó inmóvil cuando Hilda hizo lo mismo, retirándose vivamente al otro extremo del asiento, visibles sus ojos en la oscuridad del coche.

—No puedo —jadeó—. ¡No puedo!

—Si ella se está quieta, da lo mismo —dijo Baby.

En el asiento de atrás, sus dos ocupantes quedaron inmóviles, silenciosos. En el de delante, la espía más implacable del mundo ponía en orden en su mente los últimos detalles que debía cumplir… Y de pronto, porque si Kuryakin e Hilda comenzaban a hablarse, el ruso podía comprender que ella le había engañado, que en ningún momento le habían condenado a muerte sus cómplices…

«Canallas asesinos —se distrajo peligrosamente de sus pensamientos—. Eso es lo que sois todos vosotros, unos canallas asesinos. ¿Queríais una revolución? Muy bien, la vais a tener…, pero en vuestras vidas, no en las de otras personas… ¡Por Dios bendito, llamar a Baby para involucrarla en un asunto como éste!, ¿qué más…? ¿Qué más podía querer este loco…?».

La revelación fue casi un impacto físico en todo el cuerpo de la espía. Unas palabras de Anatol Kuryakin acudieron a su mente, como un estallido: «llévenla afuera y mátenla, pero no estropeen su rostro…».

La grandiosa magnitud de la jugada del agente soviético le produjo tal frío que casi quedó paralizada durante unos segundos. ¿Un tonto, un ingenuo, un imprudente? No… No, Kuryakin no era nada de eso. Simplemente, era tan traidor, que la había creído a ella respecto a la traición de los Haarst y Ongo Namaro. Tan traidor que no sólo había traicionado a la MVD para irse a vivir como un rey a Kezania, sino que además, pensaba adquirir una fortuna personal, aparte de los diamantes o beneficios que pudieran corresponderle. Una fortuna de cinco o seis millones de dólares…, a cambio del cadáver de la agente Baby, que entregaría posiblemente a los chinos. ¡Y ella había empezado realmente a compadecerlo! ¡Había empezado a compadecer a un espía que había iniciado el juego con una doble baza en la que se incluía la muerte de Baby! ¿Cómo no lo

había pensado antes? ¿Cómo había podido creer que Kuryakin era sólo un insensato por haber recurrido a Baby?

Sacudió la cabeza, y abrió mucho los ojos, después que un coche se cruzó con el «Mercedes», deslumbrándola un instante.

—Estamos llegando —dijo con voz tensa.

—¿Ya? —oyó como muy lejana la voz de Kuryakin—. Creía que los había dejado más cerca de la frontera belga…

—No. Estamos llegando.

—Bien.

La verdad era que ni siquiera sabía dónde estaba. Sólo esperaba un cruce cualquiera, para abandonar la carretera… Y el cruce apareció muy pronto, a la izquierda. Giró allí, y el coche se metió en el barro, salpicando a ambos lados. Hubiese seguido más adelante, pero Hilda Haarst comenzó a hablar con Kuryakin, así que detuvo el coche, y se volvió.

—La pistola, Anatol.

La vacilación del ruso fue evidente.

—¿Cómo puedo saber que usted…?

—Si quisiera matarlo, ya estaría muerto, sólo tenía que alejarme del coche cuando salí antes, y disparar contra usted y su amada otra cápsula como la que hizo saltar el coche de los mercenarios. No se ponga terco ahora, por favor. Deme esa pistola, la tiraremos por ahí, e iremos a buscar los diamantes. En cuanto a mí, ya sabe que no tengo armas.

—Está bien… ¿Y ella? ¿Viene con nosotros o se queda?

—Ella viene con nosotros. No quisiera quedarme a pie en este lugar.

—Pero si usted se va con el coche… nos quedaremos a pie nosotros.

—Hagan *auto-stop*. Y no quiero discusiones. ¿Terminamos o no terminamos este asunto? Ya estoy harta de todo esto.

Kuryakin suspiró profundamente, y le entregó la pistola. Pero no, no era tonto, no… Jugaba con ventaja. Jugaba con la ventaja de lo mucho que él sabía de la agente Baby, que a tantos rusos había ayudado, perdonado la vida, e incluso los había salvado de extraños peligros en ocasiones. Jugaba con la ventaja de saber que la espía americana era mucho más humana que él. Pero tenía una desventaja: también era mucho más inteligente, y había

comprendido que Kuryakin, desde el principio, había proyectado matarla…, cuando ya ella le hubiese ayudado… Mentiras, mentiras, mentiras…

El ruso salió del coche; y ayudó a Hilda Haarst a salir. Se veían bien unos a otros, debido a los faros encendidos del coche. Los dos dieron unos pasos…

—Kuryakin.

El espía soviético se volvió a la voz de la espía americana.

Plop, oyó.

Y al mismo tiempo, veía un destello de un tono anaranjado tan intenso que casi era violeta. Y sentía el impacto en el pecho. Y; caía de espaldas… Y nada más.

Hilda Haarst lanzó un alarido, se llevó las manos a la boca, y luego cayó de rodillas junto al ruso, llamándolo, mientras el agua caía sobre ellos como un torrente… Durante unos segundos, la agente Baby, junto al coche, estuvo apuntando a la cabeza de Hilda Haarst. Luego, sus dedos se aflojaron, y la pistola cayó al suelo, sobre el agua y el barro, reluciendo a la luz del coche. Todo tenía un límite.

Dio la vuelta, y se acercó más al coche, abrió la portezuela, y oyó tras ella la exclamación, el rugido de rabia y de odio más bien, proferido por Hilda Haarst. Se volvió, y se estremeció al ver a la muchacha saltando sobre la pistola como una fiera.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Baby al darse cuenta del tremendo error que había cometido al dejarse enternecer por la pena de Hilda Haarst, al creer que el dolor que la muchacha sentía le impedía pensar en nada más.

Saltó al mismo tiempo que Hilda Haarst disparaba, y la bala dio en el canto del techo del coche y se elevó, con brevísimo y amortiguado tañido. De bruces en el fango, Baby seguía mirando a Hilda Haarst, que gritaba como una loca, y se disponía a disparar de nuevo.

Plop.

La bala se hundió ahora con un chapoteo en el barro, mientras Baby giraba sobre él, hacia la parte trasera del coche. Llegó allí, se puso en pie, y desapareció hacia el otro lado del vehículo.

—¡Te mataré! —aullaba Hilda, en holandés—. ¡Te voy a matar, te voy a matar…!

Posible, ya que la pistola no se había mojado lo suficiente para que los cartuchos dejasen de funcionar, eso estaba ya demostrado. Pero Hilda Haarst, que sin duda tenía tan malas entrañas como su padre, como Namaro, como Kuryakin…, no sabía luchar, no se había jugado la vida cientos de veces, no sabía conservar la serenidad, la lucidez, la cautela… Apareció corriendo por detrás del coche, gritando sus deseos de muerte, y sus gritos se convirtieron en un rugido cuando vio a la espía irguiéndose y como saliendo del coche, volviéndose hacia ella.

El estilete que apareció por la punta del bastón centelleó bajo el agua, pero Hilda Haarst lo vio demasiado tarde, cuando en su ímpetu asesino, ya no podía detenerse… Fue ella misma, en realidad, quien se clavó allí, por la garganta, y siguió adelante, cortados sus gritos, arrancando el bastón-estoque de la mano de Baby, llevándoselo al suelo atravesando su garganta, saliendo por la nuca.

Brigitte Montfort, alias Baby, se inclinó, movió a la muchacha, y retiró el bastón, mientras contemplaba aquéllos ojos desorbitados, estremeciéndose. Escondió la aguda hoja, rodeó el coche y se sentó ante el volante, como alucinada.

—Dios mío —gimió— y ¡Dios mío!

Y rompió a llorar, cayendo de bruces sobre el volante.

* * *

Era cerca de la una de la madrugada cuando el coche «Citroen-Tiburón» se detuvo en cierto lugar de la Avenue de Neuilly, muy cerca del Bois de Boulogne, en París. Apenas detenido el coche, dos hombres se apearon, uno por cada puerta delantera. Dos tipos altos, con cara de mala uva, que miraron a todos lados con la expresión de quien está dispuesto a destrozar el mundo de un solo golpe.

Uno de ellos tocó en seguida al otro en un brazo, cuando se hallaban ante el morro del coche. Luego, señaló, hacia donde se veían los faros de otro coche, lanzando unos brevísimos destellos. Sin cambiar una sola palabra, los dos fueron hacia aquel coche, un «Mercedes» negro, y se metieron en la parte de atrás, quedando cada uno a un lado de la mujer de rubios cabellos, que estaba muy pálida y parecía tener mucho frío.

—¿Qué es lo mejor del mundo? —preguntó uno de aquellos sujetos.

—Un espía —sonrió la muchacha.

—¿Y qué hay mejor que otro espía?

—Otro espía con mejor corazón —replicó ella.

—Baby —el que había hablado le tomó una mano—, ¿está usted bien? ¿De verdad?

—Sí… Sí, creo que sí, Simón. Tengo el frío de la lluvia metido en el cuerpo, pero me cambié de ropa en el coche, y se me va pasando. ¿Avisaron a los Simones de La Haya de que estoy bien y he llegado a París?

—Están avisados. Creo que lo están celebrando con una botella de petróleo —el agente de la CIA sonrió con simpatía a pesar de su cara de mala uva—. Es que ahora, el petróleo va más caro que el champaña, ¿sabe?

—Tuve que robar gasolina para llegar a París, así que estoy enterada. Bien… Supongo que… que, al llamarles a estas horas de la noche les he molestado y…

—¡Arriba las manos! —ordenó el sujeto, sacando velozmente una pistola, y apuntando con ella a la nariz de la rubia—. ¡Y no mueva ni una pestaña!

Tras respingar, la rubia los miró con expresión desorbitada.

—Pe… pero, ¿qué pasa…?

—¡Usted no es Baby! —dijo el otro.

—¿Que no soy…? Pero, Simón, les… les he llamado por la onda de París que tenemos establecida, les he…

—¡Menos cuento, hermana! Si usted fuese Baby, jamás habría dicho esa barbaridad de que nos ha molestado por sacarnos de una cochina cama aburridísima… ¡Si usted fuese Baby, se habría dado cuenta de que estamos locos de alegría por haber sido llamados por la reina del espionaje, se habría dado cuenta de que…!

—Oh, lo siento —sonrió desganadamente ella—. Lo siento de veras. Les he ofendido, ¿verdad?

—En grado sumo.

—Bueno, sólo se me ocurre una cosa para demostrarles que les adoro —los besó a ambos en los labios, y dijo—: No sólo les adoro, sino que les amo.

—Oye, tú —dijo el que no había sacado la pistola—. ¿A que sí es

Baby? Y como yo creo que sí es Baby, le vamos a perdonar esa tontería que ha dicho de que nos había molestado o algo así… ¿La perdonamos?

—Bueno —el otro guardó la pistola—. Perdonada está. Y además, se lo vamos a demostrar, como sabíamos que había pasado mucho frío, y que estaba bastante maltrecha, le hemos traído combustible: café caliente.

—¿Y?

—¡*Whisky*!, —rió ella.

—No —frunció el ceño Simón—, vodka.

—Yo —dijo, el otro— he traído también un bocadillo de tortilla de champiñones. ¿Le va bien?

—Oh, santo cielo —gimió Brigitte Montfort—. Santo cielo, santo cielo…, ¿qué, haría yo sin mis Simones? Y ahora, una pregunta, inocente, ¿tenemos en París algún Simón que sepa hablar muy bien en holandés?

Capítulo IX

Hacia las diez y media de la mañana, el teléfono en cuyo disco se veía el número 633-50-21 emitió un timbrazo; luego otro, y otro… No llegó a sonar por cuarta vez, porque Helmutt Haarst, ya vestido para salir, llegó precipitadamente, y lo descolgó nerviosamente.

—¿Sí? —Casi gritó.

—Helmutt —se oyó la voz, ronca, jadeante, como quebrada por la agonía… Helmutt, ¿es… es usted…?

—Sí —palideció Haarst—. Sí, sí, soy Helmutt Haarst. ¿Quién habla?

—Helmutt, soy… soy Kuryakin, soy… soy…

—¡Kuryakin! ¿Qué pasa?

—Escuche… Namaro nos… nos ha traicionado… Sus mercenarios mataron… mataron a Baby, y a… a su hija, y…

—¡No! —gritó Haarst.

—Se… se lo han quedado… todo:… Tenían órdenes de… de matarnos… servíamos de nada…; llamo desde… Helmutt, ese… ese negro… matado a Hilda… diamantes… lo matarán a usted también, aunque… aunque se esconda…

—Kuryakin —casi lloró Haarst—: Kuryakin, muchacho, ¿dónde está? Dígame… Kuryakin. ¿Kuryakin? ¡Kuryakin!

Silencio.

Trágico silencio.

—¿Kuryakin?

Absoluto silencio… Es decir, no: se oía el zumbido de motores, de coches circulando… Y nada más.

Lentamente, Helmutt Haarst colgó el auricular. Lo que había sucedido estaba muy claro para él. Pero por encima de todo, la ronca y ahogada voz de Anatol Kuryakin resonaba en los oídos del holandés, explicando que su hija había sido asesinada…, y que lo

iban a matar a él también. En cuanto a Kuryakin… Bien. Helmutt Haarst se imaginó al ruso muerto en una cabina telefónica, con el auricular del teléfono oscilando por encima…

Se dejó caer en un sillón de aquel modesto apartamento, y escondió el rostro entre las manos. Huir. Eso tenía que hacer, huir. Pero huir…, ¿adónde? No a Holanda, ciertamente. Tampoco a Kezania. Podía ir a cualquier parte del mundo menos a estos dos lugares. Pero… ¿qué importaba todo, ahora? No tenía demasiado dinero, no tenía amigos… Ni siquiera tenía hija.

—Hilda —sollozó—. Hilda, hija…

¡Y el mundo es tan pequeño…! Tan pequeño…

Sí. Muy pequeño. La idea fue penetrando lentamente en su cerebro. El mundo era muy pequeño, y en alguna parte de él, en la minúscula Francia, su hija había sido asesinada. Mientras tanto, Ongo Namaro tenía los diamantes y volvería a otro pequeño rincón de ese mundo, compraría las armas, se apoderaría de Kezania, sería el nuevo presidente, lo tendría todo… Lo tendría todo, aprovechando el plan que él mismo había creado. ¡Él había creado el plan, y Ongo Namaro iba a disfrutar de todas sus ventajas, de todos sus beneficios…, mientras Hilda estaba muerta!

—Ah, no —musitó Haarst—. No, no, no, no, no…

Y se puso en pie.

* * *

Ongo Namaro se levantó, y contempló ceñudamente a su visitante.

—Haarst —dijo secamente—, usted debe estar loco… ¡Le dije que no debíamos tener contactos en París!

—Era necesario —murmuró Helmutt Haarst.

—¡Necesario! Estuvimos hablando anoche, y creo que todo quedó bien claro. Pero, además, está el teléfono, que siempre es más discreto… ¿Cómo se le ha ocurrido la estupidez de presentarse en la embajada?

Helmutt Haarst miró alrededor, como adormecido. Sí, era un regio despacho el que ocupaba en la embajada kezaniana de París, el vicepresidente Ongo Namaro. Era lógico, claro…

—Era necesario —repitió Haarst, como hipnotizado.

Namaro entornó sus grandes ojos negrísimos.

—¿Le ocurre algo? ¿Algo personal? ¿Se encuentra mal, quizá?

—Era necesario —dijo Haarst.

Namaro parpadeó nerviosamente.

—¿Tan importante? —musitó—. ¿Es sobre los diamantes?

—Sí… Sí, sí, eso es: sobre los diamantes.

—Bien… ¿Qué ha ocurrido?

Helmutt Haarst sonrió. Fue como la sonrisa de un niño malicioso, que se está divirtiendo haciendo un juego de adivinanzas.

—Rueda la luna, rueda sobre el mar, luego se esconde. ¿Adónde va a parar? —recitó.

—¿Qué…?

—Se ha ido la luna —dijo Haarst.

—¿Que la luna se ha…?

—Se ha ido. Ya no volverá a brillar. Y ahora, Namaro, todas mis noches serán siempre tan oscuras… Ni aunque tuviera todos los diamantes del mundo, podría dar un poco de luz a mis noches. Siempre ocurren cosas así, uno es frío, cruel, no tiene compasión de nada, ni de nadie… Y de pronto, le roban su luna… Le llaman a uno por teléfono, y le dicen: han matado a tu Luna. Y entonces, ¿qué importa todo lo demás?

—Haarst, no le entiendo… No le comprendo. Escuche, no se mueva de aquí, iré a buscar al médico de la embajada, para…

—Oh, sí, el médico. Y me pregunto, Namaro: ese médico…, ¿es para curarme o para matarme?

—¿Para matarlo a usted? ¡No diga tonterías! Parece como si hubiese perdido el juicio… ¿Qué ha pasado esta noche, dónde están los diamantes? En el fondo, cuando me han anunciado su visita he creído que sería para decirme que todo había salido bien, y por eso le he recibido… ¿Tenemos los diamantes?

—Tenemos todos los diamantes del mundo.

—Emmm… Haarst, no se mueva de aquí, voy a buscar al médico —Ongo Namaro caminaba ya hacia la gran puerta de su imponente despacho, en la embajada kezaniana, en el Boulevard Haussmann—. Por el momento, lo más importante…

—Namaro.

Ongo Namaro, se volvió, a punto de abrir la puerta.

—¿Qué…?

Plop.

El hermoso, apuesto, atlético, elegante Ongo Namaro recibió el balazo en el centro del pecho. Todo lo que hizo fue retroceder un paso, y abrir mucho los ojos. Sus grandes ojos negrísimos, que parecieron dos puntitos rodeados de una blancura, increíble, extraordinaria, irreal.

Plop.

Plop.

Plop.

Y cuando ya Ongo Namaro estaba caído de cara al suelo, Helmutt Haarst se acercó a él, lentamente, apuntó la pistola a la cabeza, hacia los cortos cabellos rizadísimos, y volvió a apretar el gatillo.

Plop.

Los rizos y los sesos de Ongo Namaro salpicaron las paredes y el suelo del lujoso despacho en la embajada de Kezania en París.

Helmutt Haarst dejó caer la pistola, y se dirigió hacia la doble puerta del imponente despacho.

* * *

—Ahí sale —dijo Simón.

Y se volvió a mirar a la agente Baby. A aquella mujer sorprendente. Horas antes, la agente Baby era una rubia de ojos verdes, aterida de frío… Ahora, en el asiento de atrás, junto a Simón II, la misma mujer aparecía con cabellos largos, negros, suavemente ondulados, y los ojos más grandes, azules y hermosos que ambos espías habían visto en su vida. Ya no temblaba, ya no tenía frío, ni sueño, ni sed, ni hambre…

Simón II miró hacia, las verjas de la embajada de Kezania, y vio a Helmutt Haarst, caminando hacia las verjas, como en sueños. Parecía un muñeco roto. Luego, miró aquel extraño tubo-fusil que Baby tenía en las manos.

—¿Cree que es necesario? —murmuró.

—He tenido experiencias en ese sentido —dijo ella, fríamente—. Él volvería a intentarlo, en Kezania o en otro lugar. Es un asesino de masas, Simón. Igual que los demás.

—Parece destrozado, medio muerto…

—Está sufriendo —asintió ella—. Así que vamos a evitarle que sufra más, y vamos a impedir que dentro de un año, de dos o de diez, otras personas puedan sufrir por su causa. Sí… Conozco bien a esa clase de hombres. Y nunca me he arrepentido de matarlos.

Los dos agentes de la CIA cambiaron una mirada, casi asustados. Luego, volvieron a mirar aquellos bellísimos ojos azules, y se dieron cuenta de que en aquel momento, mientras alzaba el tubo-fusil, los ojos de Baby parecían de hielo.

—¿Quiere que lo haga yo? —se ofreció Simón II.

—No. Ustedes harán lo que les he dicho: cuando mate a Helmutt Haarst, esperarán un minuto, para que todos salgan, y estén muy confundidos, y haya gritos, y llamen a la policía, o lo que quieran… Entonces, irán allá con este coche, y lo dejarán ante la entrada del edificio, dentro del recinto de la embajada, o sea, en territorio kezaniano. Sólo eso.

—¿De qué va a servirles el «Mercedes» si no están los diamantes en él?

Brigitte Montfort, alias Baby, no contestó. Estaba apuntando firmemente hacia la humillada figura que cruzaba el jardín triste de invierno, recogido tras las verjas de la embajada de Kezania. Las verjas estaban abiertas, y veía perfectamente a aquel hombre, que sin duda alguna, dentro de un año, de dos, de diez, buscaría otra oportunidad para encumbrarse aunque ello costase miles de víctimas.

—¿Y si no ha matado a Namaro? —preguntó Simón I.

Tampoco esta vez contestó Baby. Ella sabía que Helmutt Haarst, cayendo en la trampa tendida por el agente de la CIA que se había hecho pasar por Kuryakin hablando holandés, había acudido allí para matar a Ongo Namaro. Y el hecho de que saliese a los pocos minutos, sin novedad, todavía como alucinado; era muy significativo para ella: desde luego, que lo había matado.

Zuuummm, zumbó suavemente su tubo-fusil.

Todavía en el patio de la embajada, caminando pesadamente, Helmutt Haarst recibió en el centro del pecho aquella poderosa cápsula, y saltó por los aires, destrozado el pecho, para caer como un guiñapo, de espaldas.

Ajena a todo lo que pudiese ocurrir a partir de aquel momento, Baby desmontó el tubo-fusil, lo guardó en el maletín rojo con

florecillas azules, y sonrió a los dos hombres que la contemplaban con expresión tensa, pálidos.

—Adiós —besó a uno, besó a otro—. Adiós, Simón y Simón.

Salió del coche, y comenzó a alejarse, volviendo la cabeza, para contemplar con indiferencia a la gente que corría hacia la embajada de Kezania, dónde, al parecer, acababa de ocurrir algo verdaderamente extraño.

Este es el final

—… ¡Pero aún hay más! —vociferó Miky Grogan, director del Morning News de Nueva York—. ¡Después de ese extraño asesinato, ¿qué creen ustedes que pasó?!

Agitó el periódico con una mano, mientras su mirada iba de uno a otro de los reunidos en el apartamento de Brigitte Montfort, la angelical y bellísima amiga que todos adoraban. Estaba Charles Alan Pitzer, jefe del sector de Nueva York de la CIA; y su ayudante, del grupo, de acción de la CIA. Y, ¿cómo no?, el «insoportable» Frank Minello, el más querido amigo de Brigitte, que en aquel momento descorchaba una botella de «Perignon 55».

Y fue él quien preguntó:

—¿Qué más pasó, jefe?

—¡Pues pasó que poco después, delante del edificio de la embajada, fue encontrado un coche «Mercedes», negro, sucio de barro por todas partes, pero que, debajo de su asiento trasero, contenía una verdadera fortuna en diamantes!

—Bah —desdeñó Frank Minello—. ¡Paparruchadas! A mí, todo eso me suena a película barata…

—¡Pero qué película barata ni, qué demonios…! ¡Casi treinta millones de dólares en diamantes, que fueron enviados inmediatamente a Kezania, y tú dices que eso son paparruchas! ¡Eres un imbécil, Frankie!

—¡Oiga, a mí no…!

—¿Quién es un imbécil? —preguntó la voz más dulce del mundo.

Todos se volvieron hacia la puerta que comunicaba el salón del apartamento con el pasillo hacia los dormitorios, y se quedaron petrificados de admiración al ver a Brigitte Montfort, que aparecía como la más refulgente estrella en el más oscuro cielo.

—Ma… ma… madre… mía… —tartamudeó Minello.

Parecía que los ojos le fuesen a salir de las órbitas, mirando a aquella divinidad en traje de noche, descubiertos los hombros, sin una sola joya, del color del sol y del oro la piel de sus hombros al descubierto, delicada su garganta, radiantes los más bellos ojos azules del mundo… Y detrás de ella, apareció el único hombre que podía conseguir lo que quisiera de la agente Baby: Número Uno, el mejor espía de todos los tiempos. Impresionante con su estatura, sus hombros tan anchos, la mandíbula agresiva, el rostro bronceado e impenetrable, negrísimos los ojos. Pasó junto a ella, hacia el bar…, pero vio la botella de champaña en manos de Frank Minello, tomó dos copas, y se acercó a él.

—Espero, Frankie —dijo amablemente—, que eso de imbécil no fuese por usted.

—¡Pues sí que iba por él! —tronó Grogan, recuperándose del pasmo producido por la bellísima aparición—. ¡Ya lo creo que iba por él! ¡Aparecen treinta millones de dólares en diamantes bajo el asiento trasero de un «Mercedes» y este idiota dice…!

—¿Treinta millones? —se maravilló Brigitte—. ¡Santo cielo, qué barbaridad de dinero! ¿Y a quién pudo ocurrírsele esconder esa fortuna bajo el asiento de un coche? A mí me parece más normal… No sé… En un baúl, o algo así… ¿No?

—¡También había un baúl en el coche! —exclamó Grogan—. ¡Pero estaba lleno…!

—¿De libros? —sonrió Brigitte.

—¡Sí, exactamente, de…! —Grogan se atragantó, enrojeciendo, tragó saliva, y aulló—: ¿Cómo lo sabe?

—Porque también yo leo los periódicos —se «sorprendió» la divina espía—. ¿Cómo, si no?

—Ah… Sí, claro… Bueno, la noticia es interesante, Brigitte, ¿no le parece? Casi digna de usted… ¿Qué es esto? —se quedó mirando el sobre que le tendía ella.

—Un reportaje sobre un baúl lleno de diamantes, unos espías rusos, una espía muy personal, y unos cuantos asesinos de masas… Desde luego, no es una primicia, Miky, pero dudo que alguien pueda informar mejor que el Morning News sobre lo sucedido con esos diamantes… Ya ve que le facilito una formidable manera de empezar profesionalmente el año.

—Pero… ¿cómo… qué… cuándo…? —empezó Miky.

Se dio cuenta de cómo le miraban los demás. Frunció el ceño, reflexionó, palideció, enrojeció…, y se quedó mirando a la más audaz espía del mundo.

—Me parece… que el imbécil soy yo.

—¡Pues Feliz Año Nuevo, imbécil! —le gritó Minello, alzando su copa.

Pero todos estaban pendientes de Brigitte y de Número Uno, el cual le tendía una copa, mientras se miraban a los ojos. Sin la menor duda, iban a decir algo interesantísimo, extraordinario…

—Feliz Año Nuevo, mi amor —susurró Número Uno.

—Feliz Año Nuevo, mi amor —susurró Baby, con los ojos más relucientes que un baúl lleno de diamantes.

FIN